Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

HECHOS DE LOS APÓSTOLES+

Lucas presenta su libro

1,1 +Teófilo, yo escribí en mi primer libro todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio
1,2 hasta el día en que fue llevado al cielo, después que dio instrucciones por medio del Espíritu Santo, a los apóstoles que había elegido.

La Ascensión de Jesús

1,3 Ellos fueron a los que se presentó después de su Pasión, dándoles muchas pruebas de que vivía y, durante cuarenta días, les habló acerca del Reino de Dios.
1,4 Mientras comía con ellos, les mandó: «No se alejen de Jerusalén, sino, que esperen lo que prometió el Padre, de lo que ya les he hablado:
1,5 Que Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días.»
1,6 Como estaban reunidos, le preguntaron: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el Reino de Israel?»
1,7 Él les respondió: «A ustedes no les corresponde saber el tiempo y el momento que el Padre ha fijado con su propia autoridad,
1,8 sino que van a recibir una fuerza, la del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los límites de la tierra.»
1,9 Al decir esto, en presencia de ellos, Jesús fue levantado y una nube lo ocultó a sus miradas.
1,10 Mientras miraban fijamente al cielo hacia donde iba Jesús, de repente tuvieron a su lado dos hombres vestidos de blanco
1,11 que les dijeron: «Hombres de Galilea, ¿qué hacen ahí mirando al cielo? Éste que ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá como lo han visto subir al cielo.»

Los discípulos esperan al Espíritu Santo

1,12 +Entonces volvieron de aquel cerro, llamado de los Olivos, que está a un cuarto de hora de Jerusalén.
1,13 Y, llegando a la ciudad, subieron a la habitación superior donde se alojaban. Eran Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo; Simón, el que fue Zelotes, y Judas, hermano de Santiago.
1,14 Todos ellos perseveraban en la oración y con un mismo espíritu; en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.

Elección de Matías

1,15 +Uno de aquellos días, Pedro se puso de pie en medio de los hermanos, que eran alrededor de ciento veinte, y les dijo:
1,16 «Hermanos, era necesario que se cumpliera la Escritura referente a Judas, el que se hizo el guía de los que prendieron a Jesús. De él habló el Espíritu Santo por boca de David.
1,17 Era uno de los nuestros y había sido llamado a compartir nuestra común responsabilidad.

1,18 (Sabemos que se compró un campo con el salario: del pecado; luego se tiró de cabeza, reventándose, y sus entrañas se desparramaron.
1,19 Todos los habitantes de Jerusalén supieron el asunto y llamaron ese lugar: Campo de la Sangre.)
1,20 En el libro de los Salmos estaba escrito: *Que el lugar donde vivía quede desierto y no haya quien habite en él.* Pero también está escrito: *Que otro ocupe su oficio.*
1,21 Es preciso, pues, que busquemos entre, los hombres que anduvieron con nosotros durante todo el tiempo que convivimos con Jesús,
1,22 desde el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, y que uno: de ellos venga a ser, junto con nosotros, testigo de su Resurrección.»
1,23 Presentaron a dos: José, llamado Barsaba, por sobrenombre, Justo, y Matías.
1,24 Entonces oraron así: «Tú, Señor; que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido
1,25 para ocupar en el servicio del apostolado el puesto que Judas dejó para irse al lugar que le correspondía.»
1,26 Echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías, el cual fue agregado a los once apóstoles.

Viene el Espíritu Santo

2,1 +Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar.
2,2 De pronto vino del cielo un ruido, como el de una violenta ráfaga de viento, que llenó toda la casa donde estaban.
2,3 Se les aparecieron unas lenguas como de fuego, las que, separándose, sé fueron posando sobre cada uno de ellos;
2,4 y quedaron llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar idiomas distintos, en los cuales el Espíritu les concedía expresarse.
2,5 Había en Jerusalén judíos piadosos venidos de todas las naciones de la tierra.
2,6 Al producirse aquel ruido, la gente se juntó y quedaron desconcertados, porque cada uno oía hablar a los apóstoles en su propia lengua.
2,7 Asombrados y admirados decían: «¿No son galileos todos éstos que están hablando?
2,8 Entonces, ¿cómo cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestro propio idioma?
2,9 Entre nosotros hay partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia y del Ponto;
2,10 hay hombres provenientes de Asia, Frigia, Panfilia y Egipto; y de la parte de Libia que limita con Cirene; hay forasteros romanos, judíos y hombres no judíos que aceptaron sus creencias;
2,11 cretenses y árabes; pero todos los oímos hablar en nuestros idiomas las maravillas de Dios.»
2,12 No se lo creían, y se decían unos a otros: «¿Qué significa esto?»
2,13 Otros, en cambio, decían riéndose: «Están borrachos.»

Por vez primera se proclama a Jesús

2,14 +Entonces Pedro se presentó con los Once; levantó su voz y habló en esta forma:
«Hombres de Judea y todos ustedes que están de paso en Jerusalén, entiendan lo que pasa y pongan atención a mis palabras.
2,15 No estamos borrachos, como ustedes piensan, ya que apenas son las nueve de la mañana.
2,16 Pero ha llegado lo anunciado por el profeta Joel:
2,17 En los últimos días, dice Dios: *derramaré mi Espíritu sobre todos los mortales; sus hijos y sus hijas profetizarán; los jóvenes tendrán visiones y los ancianos tendrán sueños.*
2,18 *En esos días yo derramaré mi Espíritu sobre mis siervos y mis siervas y profetizarán.*
2,19 *Haré cosas maravillosas arriba en el cielo, y señales milagrosas, abajo en la tierra.*
2,20 *El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que llegue el día del Señor, día grande y glorioso.*
2,21 *Y todo el que invoque el Nombre del Señor se salvará.*
2,22 Israelitas, escuchen mis palabras: Dios había dado autoridad a Jesús de Nazaret entre todos ustedes: hizo por medio de él milagros, prodigios y cosas maravillosas, como ustedes saben.
2,23 Sin embargo, ustedes lo entregaron a los malvados, dándole muerte, clavándolo en la cruz, y así llevaron a efecto el plan de Dios que conoció todo esto de antemano.

2,24 A él, Dios lo resucitó y lo libró de los dolores de la muerte, porque de ningún modo podía quedar bajo su dominio.
2,25 De él hablaba David en un salmo, al decir:
Veía continuamente al Señor delante de mí, puesto que está a mi derecha para que no vacile, por eso, mi corazón se ha alegrado y te alabo muy gozoso, y hasta mi cuerpo esperará en paz.
2,27 *Porque no abandonarás mi alma en el lugar de los muertos ni permitirás que tu servidor sufra la corrupción.*
2,28 *Me has dado a conocer caminos de vida; me llenarás de gozo con tu presencia.*
2,29 Hermanos, permítanme que les diga con toda claridad: el patriarca David murió y fue sepultado, y su tumba permanece entre nosotros hasta ahora.
2,30 Pero, como él era profeta; sabía que un descendiente de su sangre se sentaría en su trono, según Dios le había asegurado con juramento.
2,31 Por eso vio de antemano la resurrección del Mesías y de él habló al decir que *no fue abandonado entre los muertos, ni su carne fue corrompida.*
2,32 Este Mesías es Jesús, y todos nosotros somos testigos de que Dios lo resucitó.
2,33 Y engrandecido por la mano poderosa de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido: hoy lo acaba de derramar, como ustedes ven y oyen.
2,34 También es cierto que David no subió al cielo; pero dice en un. salmo: *Dijo el Señor a mi Señor: «Siéntate a mi derecho*
2,35 *hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies.»*
2,36 Sepa entonces con seguridad toda la gente de Israel, que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien ustedes crucificaron.»
2,37 Al oír esto, se afligieron profundamente. Dijeron, pues, a Pedro y a los demás apóstoles: «Hermanos, ¿qué debemos hacer?»
2,38 Pedro les contestó: «Conviértanse y háganse bautizar cada uno de ustedes en el Nombre de Jesucristo, para que sus pecados sean perdonados. Y Dios les dará el Espíritu Santo;
2,39 porque la promesa es para ustedes y para sus hijos y para todos los extranjeros a los que el Señor llame.»
2,40 Con muchas otras palabras Pedro daba testimonio y los animaba: «Sálvense de esta generación descarriada.»
2,41 Los que creyeron, fueron bautizados, y, ese día, se les unieron alrededor de tres mil personas.

La primera comunidad

2,42 [+]Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la convivencia, a la fracción del pan y a las oraciones.
2,43 Toda la gente estaba asombrada, ya que se multiplicaban los prodigios y milagros hechos por los apóstoles en Jerusalén.
2,44 Todos los creyentes vivían unidos y compartían todo cuanto tenían.
2,45 Vendían sus bienes y propiedades y se repartían de acuerdo a lo que cada uno de ellos necesitaba.
2,46 Acudían diariamente al Templo con mucho entusiasmo y con un mismo espíritu y « compartían el pan» en sus casas, comiendo con alegría y sencillez.
2,47 Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo; y el Señor hacía que los salvados cada día se integraran a la Iglesia en mayor número.

Pedro y Juan sanan a un hombre tullido

3,1 [+]Pedro y Juan subían al Templo para la oración de las tres de la tarde.
3,2 Había allí un hombre tullido de nacimiento, al que llevaban y ponían todos los días junto a la puerta del Templo, llamada «Puerta Hermosa», para que pidiera limosna a los que entraban.
3,3 Cuando Pedro y Juan estaban por entrar al Templo, el hombre les pidió limosna.
3,4 Pedro, con Juan a su lado, se fijó en él y le dijo: «Míranos.»
3,5 El tullido los observaba, esperando recibir algo.
3,6 Pedro entonces le dijo: «No tengo oro ni plata, pero lo que tengo, te lo doy: ¡Por el Nombre de Jesucristo de Nazaret, camina!»
3,7 Y lo tomó de la mano derecha y lo levantó.

3,8 Inmediatamente sus tobillos y sus pies se afirmaron y, de un salto se puso de pie y caminó. Entró con ellos en el Templo, andando, saltando y alabando a Dios.
3,9 Todo el pueblo lo vio caminar y alabar a Dios.
3,10 Lo reconocían como el tullido que pedía limosna junto a la Puerta Hermosa del Templo, y quedaron asombrados y maravillados por lo que había sucedido.
3,11 El hombre que había sanado no se apartaba de Pedro ni de Juan, de manera que todo el pueblo, asombrado, corrió a ellos al pórtico llamado de Salomón.
3,12 Pedro, al ver la gente reunida, les dijo: «Israelitas; ¿por qué nos miran así? ¿Creen ustedes que le hicimos andar por nuestro propio poder o por nuestra santidad?
3,13 Sepan que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, a quien ustedes entregaron y a quien negaron ante Pilato cuando éste quería ponerlo en libertad.
3,14 Ustedes renegaron del Santo y del Justo y pidieron como una gracia la libertad de un asesino,
3,15 mientras que al Señor de la Vida, lo hicieron morir.
Pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello.
3,16 Y por la fe en el Nombre de Jesús, este Nombre ha sanado al tullido que ustedes ven y conocen. Es, pues, la fe en Cristo la que lo ha restablecido totalmente delante de todos ustedes.
3,17 Yo sé, hermanos, que actuaron así por ignorancia al igual que sus jefes.
3,18 Pero Dios cumplió de esta manera lo que había anunciado por intermedio de todos los profetas, que su Mesías padecería.
3,19 Arrepiéntanse entonces y conviértanse, para que todos sus pecados sean borrados. Y así el Señor hará venir los tiempos del alivio
3,20 enviando al Mesías que les ha sido destinado.
3,21 Este Mesías es Jesús, que ha de permanecer en el cielo, hasta que llegue el momento de la restauración del mundo, de la cual Dios habló por boca de los santos profetas de tiempos pasados.
3,22 Moisés así lo dijo: *El Señor Dios les hará surgir un profeta como yo de entre sus hermanos. Escuchen todo lo que él les diga.*
3,23 *Todo el que no escuche a ese profeta será eliminado del pueblo.*
3,24 Y todos los profetas que, desde Samuel y sus sucesores, han hablado, anunciaron también estos días.
3,25 Ustedes son los hijos de los profetas y los herederos de la alianza que Dios pactó con nuestros padres, al decir a Abraham: *En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra*.
3,26 Para ustedes, primeramente, Dios ha resucitado a su Servidor y se lo ha enviado cargado de bendiciones, con tal de que cada uno se aparte de sus actos malos.»

Arrestan a Pedro y Juan

4,1 [+]Aún hablaban al pueblo, cuando llegaron hasta ellos los sacerdotes, el jefe de la guardia del Templo y los hombres del partido de los saduceos.
4,2 Estaban muy molestos porque Pedro y Juan enseñaban al pueblo y anunciaban que la resurrección de los muertos se había verificado en Jesús.
4,3 Los tomaron presos y los metieron en la cárcel hasta el día siguiente, porque ya anochecía.
4,4 Muchos de los que habían oído la Palabra creyeron, y el número de los creyentes subió a unos cinco mil.
4,5 Al día siguiente se reunieron los Jefes, los Ancianos y los maestros de la Ley que había en Jerusalén;
4,6 estaban Anás el Sumo Sacerdote, Caifás, Jonatán, Alejandro y todos los que pertenecían a la familia pontifical.
4,7 Llamaron a los apóstoles a su presencia y les preguntaron: «¿Con qué derecho hicieron esto? ¿Quién se lo ha autorizado? »
4,8 Entonces Pedro, lleno de espíritu santo, les dijo: «Jefes del pueblo y Ancianos de Israel,
4,9 hoy debemos responder por la Curación de un enfermo. ¿Por quién ha sido sanado? Sépanlo todos ustedes
4,10 y que lo sepa todo el pueblo de Israel: Por el Nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien ustedes crucificaron y a quien Dios resucitó de entre los muertos; gracias a él, este hombre está de pie y sano ante ustedes.

4.11 Jesús es *la piedra que despreciaron los constructores (ésos son ustedes) pero se convirtió en piedra fundamental*,
4,12 y para los hombres de toda la tierra no hay otro Nombre por el que podamos ser salvados.»
4,13 Quedaron admirados al ver la seguridad con que hablaban Pedro y Juan; que eran hombres sin instrucción y desconocidos. Los identificaban como seguidores de Jesús,
4,14 pero veían de pie junto a ellos al hombre que había sanado; de modo que nada podían decir en su contra.
4,15 Les mandaron salir fuera del tribunal y comenzaron a discutir entre ellos:
4,16 «¿Qué vamos a hacer con estos hombres? Todo Jerusalén sabe que han hecho un milagro clarísimo y no podemos negarlo.
4,17 Pero procuremos que esto no se divulgue mas entre el pueblo. Lo mejor, pues, sería amenazarlos, para que no hablen más a nadie de ese a quien invocan.»
4,18 Los llamaron y les mandaron que de ningún modo hablaran o enseñaran en el Nombre de Jesús.
4,19 Pedro y Juan les respondieron: «Vean ustedes mismos si está bien delante de Dios que les obedezcamos antes que a él.
4,20 No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído.»
4,21 Entonces, insistiendo en sus amenazas, los dejaron en libertad, porque no hallaban cómo castigarlos, a causa del pueblo.
4,22 Pues todos glorificaban a Dios por lo que había pasado, ya que el hombre milagrosamente sanado tenía más de cuarenta años.
4,23 [+]Una vez que quedaron libres, Pedro y Juan fueron a los suyos y les contaron todo lo que les habían dicho los Jefes de los sacerdotes y los Ancianos.
4,24 Cuando lo oyeron, todos a una voz se dirigieron a Dios, diciendo:
«Señor, tú hiciste el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos.
4,25 Tú, por el Espíritu Santo, pusiste en boca de David, tu siervo, estas palabras: *¿Por qué se agitan las naciones y los pueblos traman planes vanos?*
4,26 *Los reyes de la tierra se reúnen y los jefes pactan una alianza contra el Señor y contra su Mesías.*
4,27 Así sucedió en esta ciudad: se unieron Herodes y Poncio Pilato, así como los paganos y el pueblo de Israel contra Jesús, tu santo siervo, a quien ungiste,
4,28 y llevaron a efecto tus propios planes, que tú dispusiste según tu poder y sabiduría.
4,29 Y ahora, Señor, mira sus amenazas y concede a tus siervos anunciar tu palabra con toda seguridad.
4,30 Manifiesta tu poder, realizando curaciones, señales y prodigios por el Nombre de tu santo siervo Jesús.
4,31 Cuando terminaron su oración, tembló el lugar donde estaban reunidos y todos quedaron llenos de espíritu santo, y se pusieron a anunciar con seguridad la palabra de Dios.

Los creyentes tratan de poner en común sus bienes

4,32 [+]La multitud de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba como suyo lo que poseía, sino que todo lo tenían en común.
4,33 Dios confirmaba con su poder el testimonio de los apóstoles respecto de la resurrección del Señor Jesús, y todos ellos vivían algo muy maravilloso.
4,34 No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que tenían campos o casas los vendían
4,35 y ponían el dinero a los pies de los apóstoles, quienes repartían a cada uno según sus necesidades.
4,36 Así lo hizo José, llamado por los apóstoles Bernabé (que quiere decir: El hombre del Consuelo), levita nacido en Chipre,
4,37 que, después de vender su campo, llegó con el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles.

El castigo de Ananías y Safira

5,1 [+]Un, hombre llamado Ananías, de acuerdo con su esposa Safira, vendió una propiedad
5,2 y se quedó con una parte del precio, sabiéndolo también su esposa; el resto lo entregó a los apóstoles.
5,3 Pedro le dijo:; «Ananías, ¿por qué has dejado que Satanás se apoderara de tu corazón? ¿Por qué intentas engañar al Espíritu Santo guardándote una parte del precio de tu campo?

5,4 ¿Quién te obligó a venderlo? Y si lo vendías, ¿no podías quedarte con todo el dinero? ¿Cómo se te ha ocurrido hacer esto? No has engañado a los hombres, sino a Dios.»
5,5 Ananías, al oír esto, se desplomó y murió, y un gran temor se apoderó de todos los que lo oyeron.
5,6 Los más jóvenes se levantaron, envolvieron su cuerpo y lo llevaron a enterrar.
5,7 Unas tres horas más tarde, entró su esposa, que no sabía lo que había pasado.
5,8 Pedro le preguntó: «¿Es cierto que vendieron en tanto el campo?» Ella respondió: «Sí, en eso.»
5,9 Y Pedro le dijo: «¿Por qué se han puesto dé acuerdo para poner a prueba al Espíritu del Señor? Mira, aquí vienen los que enterraron a tu marido. Ellos te llevarán también a ti.»
5,10 En ese instante Safira se desplomó a sus pies y murió. Cuando volvieron los jóvenes, la hallaron muerta y la llevaron a enterrar junto a su marido.
5,11 Un gran temor se apoderó de toda la Iglesia y de todos cuantos oyeron estas cosas.
5,12 +Los apóstoles obraban muchas señales milagrosas y prodigios en el pueblo. Todos los fieles se reunían de común acuerdo en el pórtico de Salomón;
5,13 pero de los otros nadie se atrevía a unirse a ellos, aunque el pueblo los estimaba mucho.
5,14 Con esto, un número cada día mayor de hombres y de mujeres se unían al Señor mediante la fe.
5,15 Tanto que sacaban los enfermos a las calles en camas y camillas, para que, cuando Pedro pasara, al menos su sombra cubriera a alguno de ellos.
5,16 Acudía mucha gente, aun de las ciudades vecinas a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados por espíritus malos, y todos quedaban sanos.

Los apóstoles comparecen nuevamente

5,17 +El Sumo Sacerdote y todos los suyos que formaban el partido de los saduceos, se pusieron muy envidiosos
5,18 y, tomando presos a los apóstoles los metieron en la cárcel pública.
5,19 Pero, durante la noche, el Ángel del Señor abrió las puertas de la cárcel y los sacó fuera, diciéndoles:
5,20 «Preséntense, en el Templo y anuncien al pueblo todo el Mensaje de Vida.»
5,21 Obedecieron y, entrando en el Templo al amanecer, se pusieron a enseñar:
Mientras tanto, llegó el Sumo Sacerdote con sus partidarios, reunieron al Sanedrín, o sea, a todo el Senado israelita, y mandaron a buscarlos a la cárcel.
5,22 Cuando los guardias llegaron allá, no los encontraron. Volvieron y contaron:
5,23 «Encontramos la cárcel cuidadosamente cerrada y los centinelas montando guardia en las puertas, pero cuando abrimos, no encontramos a nadie dentro.»
5,24 El jefe de la guardia y los jefes de los sacerdotes, al oír esto, quedaron desconcertados, preguntándose qué podría haber sucedido.
5,25 En esto llegó uno que les dijo: «Los hombres que encarcelaron están en el Templo enseñando al pueblo.»
5,26 Entonces el jefe de la guardia fue con sus ayudantes y los trajeron, pero sin violencia, porque tenían miedo de ser apedreados por el pueblo.
5,27 Una vez traídos, los presentaron ante el Sanedrín. El Sumo Sacerdote los interrogó y declaró:
5,28 «¿No les prohibimos estrictamente enseñar en ese Nombre? Pero ahora ustedes han difundido por toda Jerusalén su doctrina y quieren cargarnos con la sangre de este hombre.»
5,29 Pedro y los apóstoles respondieron: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.
5,30 El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien ustedes dieron muerte colgándolo de un madero. 5,31 Dios lo ha puesto en el cielo a su derecha, haciéndolo Jefe y Salvador para dar a Israel la conversión
y el perdón de los pecados.
5,32 De esto nosotros somos testigos y también es testigo el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que le obedecen.»
5,33 Cuando oyeron esto, se indignaron y querían matarlos.
5,34 +Entonces un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la Ley, estimado por todo el pueblo, se levantó en el Sanedrín y mandó que hicieran salir un momento a aquellos hombres.
5,35 Luego les dijo: «Colegas israelitas, fíjense bien en lo que van a hacer con estos hombres.
5,36 Porque, no hace mucho, apareció Teudas, que se hacía pasar por un gran personaje, a quien se unieron unos cuatrocientos hombres. Pero lo mataron y todos los que lo seguían se dispersaron o desaparecieron.

5,37 Después, en tiempos del censo, surgió Judas el Galileo, que arrastró al pueblo en pos de sí, también éste pereció y todos sus seguidores se dispersaron.
5,38 Por eso, les aconsejo ahora: olvídense de estos hombres y déjenlos en paz. Porque, si esta idea o esta obra es de los hombres, se destruirá por sí sola;
5,39 pero, si viene de Dios, no podrán destruirla. No sea que estén luchando contra Dios.»
Y siguieron su consejo.
5,40 Entonces llamaron a los apóstoles y, después de azotarlos, les prohibieron hablar de Jesús Salvador. Luego los dejaron ir.
5,41 Ellos salieron del Sanedrín muy gozosos por haber sido considerados, dignos de sufrir por el Nombre de Jesús.
5,42 Y todos los días enseñaban y anunciaban en el Templo y en las casas la Buena Nueva de Cristo Jesús.

Los primeros diáconos

6,1 +Por aquellos días, habiendo aumentado el número de los discípulos, los helenistas se quejaron contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en el servicio diario.
6,2 Los Doce reunieron la Asamblea de los discípulos y les dijeron: «No es conveniente que descuidemos la Palabra de Dios por el servicio de las mesas: ¿qué les parece?
6,3 Busquen, pues, de entre ustedes a siete hombres de buena fama, llenos de sabiduría y Espíritu para confiarles este oficio.
6,4 Nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra.»
6,5 Toda la asamblea estuvo de acuerdo y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y a Nicolás, prosélito de Antioquía;
6,6 los presentaron a los apóstoles, quienes, después de orar, les impusieron las manos.
6,7 La Palabra de Dios se difundía y el número de los discípulos en Jerusalén aumentaba considerablemente. Incluso un gran número de sacerdotes aceptaron la fe.

Historia de Esteban

6,8 +Esteban, lleno de gracia y fortaleza, realizaba grandes prodigios y señales milagrosas en el pueblo.
6,9 Algunos que pertenecía a la sinagoga llamada de los Libertos, cirenenses y alejandrinos, y otros de Cilicia y Asia acudieron para rebatir a Esteban,
6,10 pero no pudieron hacer frente a la sabiduría que estaba en él y al Espíritu que hablaba por él cuando los rebatía con mucha autoridad.
6,11 Y, como no podían mirar de frente la verdad, sobornaron a unos hombres que dijeron: «Lo hemos oído hablar contra Moisés y contra Dios.»
6,12 Así excitaron al pueblo, a los Ancianos y a los maestros de la Ley; vinieron de repente, lo arrestaron y lo llevaron al Sanedrín.
6,13 Allí presentaron testigos falsos que declararon: «Este hombre siempre habla en contra de nuestro Lugar Santo y contra la Ley:
6,14 Le oímos decir que Jesús Nazareno destruirá este Lugar y cambiará las costumbres que nos dejó Moisés.»
6,15 Todos los que estaban sentados en el Sanedrín, cuando miraron a Esteban; vieron su rostro como el de un ángel.

7,1 Entonces el Sumo Sacerdote le preguntó: «¿Es verdad?»
7,2 El respondió: «Hermanos y padres, presten atención:
El Dios glorioso se apareció a nuestro padre Abraham, cuando estaba en Mesopotamia, antes que viniera a vivir en Jarán.
7,3 Y le dijo: *Deja tu país y tu parentela y anda al país que yo te mostraré.*
7,4 Entonces salió del país de los caldeos y se estableció en Jarán. Después de la muerte de su padre, Dios lo hizo trasladarse a este país que ustedes habitan.
7,5 Y no le dio allí propiedad alguna ni siquiera como para poner el pie, sino que prometió dárselo en posesión a él y a su descendencia, a pesar de que no tenía hijos.

7,6 Dios habló así: *Tu descendencia vivirá en tierra extraña, será esclavizada y maltratada durante cuatrocientos años.*
7,7 *Entonces pediré cuentas a la nación a la que sirvan como esclavos. Después saldrán y me darán culto en este lugar*. Luego hizo con él el pacto de la circuncisión;
7,8 y así, al nacer su hijo Isaac, *Abraham lo circuncidó al octavo día.* Isaac hizo lo mismo con Jacob y Jacob con los doce patriarcas.
7,9 Los patriarcas, *envidiosos de José, lo vendieron con destino a Egipto*. Dios, sin embargo, estaba con él.
7,10 Lo libró de todas sus tribulaciones, le concedió sabiduría y lo hizo grato al faraón, rey de Egipto, *quien lo nombró gobernador de Egipto y de toda su casa*.
7,11 *Vino hambre en toda la tierra de Egipto y de Canaán; fue una gran miseria* y nuestros padres no encontraban qué comer.
7,12 *Al saber Jacob que había trigo en Egipto*, mandó a nuestros padres por primera vez.
7,13 La segunda vez, *José se dio a conocer a sus hermanos y el faraón conoció la raza de José*.
7,14 José mandó a buscar a su padre Jacob y a toda su familia que se componía de *setenta y cinco personas*.
7,15 Jacob entonces bajó a Egipto donde murió él y también nuestros padres.
7,16 Fueron llevados a Siquem y puestos en el sepulcro que Abraham había comprado a precio de plata a los hijos de Hamor, de Siquem.
7,17 A medida que se iba acercando el tiempo de la promesa que Dios había hecho a Abraham, el pueblo *crecía y se multiplicaba en Egipto*,
7,18 hasta *que llegó otro rey a Egipto que no conocía a José.*
7,19 Este, actuando astutamente contra nuestra raza, obligó á nuestros padres a abandonar sus hijos recién nacidos para que no vivieran.
7,20 En este tiempo nació Moisés, que halló el favor de Dios. Durante tres meses fue criado en la casa de su padre,
7,21 y cuando lo abandonaron, la hija del faraón lo recogió y lo crió como hijo suyo.
7,22 Moisés, pues, fue educado en toda la sabiduría de los egipcios.
7,23 Era poderoso en sus palabras y en sus obras. Cuando cumplió cuarenta años, sintió deseos de *visitar a sus hermanos los israelitas*. Al ver que uno de ellos era maltratado, salió en su defensa y lo vengó matando al egipcio.
7,25 Creyó que sus hermanos comprenderían que, en su persona, Dios les daba un Libertador, pero no lo entendieron.
7,26 Al día siguiente se presentó a ellos mientras peleaban y trataba de ponerlos en paz diciendo: «Ustedes son hermanos, ¿por qué se hacen daño el uno al otro?»
7,27 En ese momento *el que maltrataba a su compañero* lo rechaz6 diciendo:
7,28 *«¿Quién te nombró jefe y juez de nosotros? ¿Quieres matarme como lo hiciste ayer con el egipcio?»*
7,29 Moisés, al oír esto, huyó y *fue a vivir como extranjero en la tierra de Madián*, donde tuvo dos hijos.
7,30 Pasados cuarenta años se le apareció un ángel en el desierto del monte Sinaí, en la llama de una zarza que ardía.
7,31 Moisés se admiró al ver la aparición. Y como se acercara a mirarla, oyó la voz del Señor.
7,32 *«Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.»* Moisés, lleno de miedo, *no se atrevía a mirar*.
7,33 Pero el Señor le dijo: *«Sácate las sandalias, porque el lugar donde estás es tierra santa.*
7,34 He visto la aflicción de *mi pueblo en Egipto, he oído su llanto y he bajado para liberarlo. Y ahora ven, que te mando a Egipto.»*
7,35 A este Moisés, al que rechazaron diciéndole: *«¿Quién te nombró jefe y juez?»*, Dios lo mandó como jefe y libertador, con la ayuda del ángel que se le apareció en la zarza.
7,36 El los hizo salir, realizando prodigios y señales en Egipto, en el mar Rojo y en el desierto durante cuarenta años.
7,37 Este Moisés es quien dijo á los israelitas: *«Dios les dará de entre sus hermanos a un profeta como yo.»*
7,38 Este es el que, en la Asamblea del Desierto, hizo de mediador entre el ángel que le hablaba y nuestros padres; y recibió las palabras de vida para comunicárselas a ustedes.

7,39 Es aquel a quien no quisieron obedecer nuestros padres; sino que lo rechazaron y volvieron de corazón a Egipto,
7,40 diciendo a Aarón: *«Danos dioses que nos guíen, porque no sabemos qué ha sido de éste Moisés que nos sacó de Egipto.»*
7,41 Y fabricaron en aquellos días un becerro, ofrecieron sacrificios al ídolo y festejaron la obra de sus manos.
7,42 Dios, pues, se apartó de ellos y dejó que adoraran a los astros del cielo, como está escrito en el Libro de los profetas: *¿Me ofrecieron acaso víctimas y sacrificios durante cuarenta años en el desierto, pueblo de Israel?*
7,43 *Más bien llevaban la tienda de Moloc y la estrella del dios Refán, imágenes que fabricaron para adorarlas; por esto yo los desterraré más allá de Babilonia. »*
7,44 Nuestros padres tenían en el desierto la Tienda del Testimonio como había ordenado Dios cuando dijo a Moisés que la fabricara según el modelo que había visto;
7,45 nuestros padres la recibieron e introdujeron bajo el mando de Josué en la tierra conquistada a los paganos, a quienes Dios expulsó delante de ellos. La guardaron hasta los días de David,
7,46 el cual agradó a Dios y le pidió como un favor construir una Casa para el Dios de Jacob.
7,47 Sin embargo, fue Salomón quien edificó ese templo.
7,48 +En realidad, el Altísimo no vive en casas hechas por mano de hombres; como dice el profeta:
7,49 *El cielo es mi trono, y la tierra el apoyo de mis pies. ¿Qué casa me van a edificar?, dice el Señor. ¿Cuál será el lugar de mi descanso?*
7,50 *¿No fui yo quien hice todas estas cosas?*
7,51 Ustedes, sin embargo, duros de cabeza, endurecieron su corazón y cerraron sus oídos; siempre se resisten al Espíritu Santo, igual que sus padres.
7,52 ¿A qué profeta no persiguieron sus padres? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo, pero ustedes ahora lo traicionaron y asesinaron.
7,53 Ustedes que recibieron la Ley por medio de ángeles y no la cumplieron.»
7,54 A1 oír este reproche se enfurecieron; rechinaban los dientes, contra Esteban.
7,55 El lleno del Espíritu Santo, fijó sus ojos en el cielo, vio la Gloria de Dios y a Jesús a su derecha y declaró:
7,56 «Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre a la derecha de Dios.»
7,57 Pero ellos, con grandes gritos, se taparon los oídos y todos juntos se lanzaron contra él; lo sacaron fuera de la ciudad para apedrearlo,
7,58 y los testigos dejaron sus ropas a los pies de un joven llamado Saulo.
7,59 Mientras lo apedreaban, Esteban oraba así. «Señor Jesús, recibe mi espíritu.»
7,60 Después se arrodilló y dijo en alta voz: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado.» Y, diciendo esto, murió.

8,1 +Saulo aprobaba entonces aquella muerte. Ese día se desencadenó una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén. Todos, excepto los apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria.
8,2 Unos hombres piadosos enterraron a Esteban e hicieron por él gran duelo.
8,3 Mientras tanto, Saulo hacía destrozos en la Iglesia, entraba a las casas; llevaba a la fuerza hombres y mujeres y los metía en la cárcel.

Felipe anuncia la Palabra en Samaria

8,4 +Al mismo tiempo, los que se habían dispersado iban de un lugar a otro anunciando la Palabra.
8,5 Felipe por su cuenta fue a una ciudad de Samaria, donde empezó a predicar a Cristo.
8,6 Toda la gente se interesó por la predicación de Felipe. Iban a oírlo y a ver los prodigios que realizaba;
8,7 pues de muchos endemoniados salían los espíritus malos dando gritos, y numerosos paralíticos y cojos quedaron sanos,
8,8 de tal modo que hubo una gran alegría en aquella ciudad.

El mago Simón

8,9 +Desde hacía tiempo, había en la ciudad un hombre llamado Simón que practicaba la magia. Tenía impresionada a la gente de Samaria y se hacía pasar por un gran personaje.
8,10 Todos, chicos y grandes, estaban pendientes de él y decían: «Este es al que llaman Gran poder de Dios.»
8,11 Y lo seguían, porque desde tiempo atrás los tenía maravillados con sus artes mágicas.
8,12 Pero, cuando creyeron a Felipe, que anunciaba la Buena Nueva del Reino de Dios y el Nombre de Jesucristo, empezaron a bautizarse hombres y mujeres.
8,13 Hasta Simón creyó y, una vez bautizado, no se separaba de Felipe: estaba asombrado al ver las señales milagrosas y extraordinarios prodigios que realizaba éste.
8,14 En Jerusalén los apóstoles supieron que los samaritanos habían aceptado la Palabra de Dios, y les mandaron a Pedro y Juan.
8,15 Estos vinieron y oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo;
8,16 que todavía no había bajado sobre ninguno de ellos; y sólo estaban bautizados en el Nombre del Señor Jesús.
8,17 Les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo.
8,18 Al ver Simón que, con la imposición dé las manos de los apóstoles; se transmitía el Espíritu Santo, les ofreció dinero
8,19 y dijo: «Denme a mí también este poder, de modo que a quien imponga las manos reciba el Espíritu Santo.»
8,20 Pedro le contestó: «Desaparece tú junto con tu dinero, pues has pensado que el Don de Dios se compra con dinero.
8,21 Este poder no es para ti ni te corresponde, ya que no entiendes las cosas de Dios.
8,22 Arrepiéntete de esa tu maldad y ruega al Señor para que perdone tus errores,
8,23 porque te veo lleno de hiel amarga y que te atan lazos de maldad.»
8,24 Simón respondió: «Rueguen ustedes al Señor por mí, para que no me alcancen estas maldiciones.»
8,25 Pedro y Juan dieron testimonio y predicaron la palabra del Señor; luego se volvieron a Jerusalén, evangelizando por muchos pueblos de Samaria.

Felipe y el etíope

8,26 +El ángel del Señor habló a Felipe diciendo: «Vete a la carretera del sur, baja de Jerusalén a Gaza, el caminó del desierto».
8,27 Se puso en camino y se encontró con un etíope, funcionario del palacio de Candacé, reina de Etiopía, administrador de todos sus bienes. Había venido a Jerusalén a rendir culto a Dios
8,28 y regresaba sentado en su coche, leyendo al profeta Isaías.
8,29 El Espíritu dijo a Felipe: «Adelántate y únete a ése coche.»
8,30 Felipe corrió hasta él, lo oyó leer al profeta Isaías y le preguntó: «¿Entiendes lo que lees?»
8,31 El etíope contestó: «Si nadie me explica, ¿cómo voy a entender?» E invitó a Felipe a subir y a sentarse junto a él.
8,32 El pasaje de la Escritura que iba leyendo era éste:
«Como una oveja fue llevado al matadero; como un cordero mudo ante el que lo trasquila, así él no abrió su boca.
8,33 *Lo humillaron y le negaron todo derecho; ¿quién podrá hablar de su descendencia? Porque su vida fue arrancada de la tierra..*
8,34 El etíope preguntó a Felipe: «Dime, por favor, ¿a quién se refiere el profeta al decir esto? ¿A sí mismo o bien a otro?.»
8,35 Felipe entonces, partiendo de este texto de la Escritura, le anunció a Jesús.
8,36 Siguiendo el camino llegaron a un lugar donde había agua. El etíope dijo: *«Aquí hay agua. ¿Por qué no sería yo bautizado?»*
8,37 Y dijo Felipe: «Si crees con todo tu corazón, se puede.» Él contestó: «Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.»
8,38 Entonces hizo parar su coche y bajaron ambos al .agua. Felipe bautizó al funcionario.
8,39 Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; el otro no lo vio más y siguió entonces su camino muy alegre.
8,40 Felipe se encontró en Azoto y se fue a evangelizar todas las ciudades hasta llegar a Cesarea.

Saulo encuentra a Cristo

9,1 [+]Saulo todavía proyectaba violencias y muerte contra los discípulos del Señor; se presentó al Sumo Sacerdote
9,2 y le pidió documentos dirigidos a las sinagogas de Damasco, que lo autorizaran para llevar presos a Jerusalén a cuantos encontrara, hombres o mujeres, que fueran del Camino.
9,3 Pero, mientras se dirigía a Damasco, cuando ya estaba cerca, de repente lo rodeó una luz que venía del cielo.
9,4 Cayó al suelo y oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo; ¿por qué me persigues?»
9,5 El preguntó: «¿Quién eres, Señor?» Y la voz: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues;
9,6 levántate y entra en la ciudad, allí se te dirá lo que debes hacer.
9,7 Los hombres que lo acompañaban se habían detenido, atónitos, pues oyeron la voz, pero no vieron a nadie.
9,8 Saulo se levantó del suelo, y aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo tomaron de la mano y lo llevaron a Damasco.
9,9 Estaba ciego y permaneció tres días sin comer ni beber nada.
9,10 Vivía en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor llamó en una visión: «¡Ananías!» El respondió: «Aquí estoy, Señor.»
9,11 Y el Señor le dijo: «Anda a la calle llamada Recta y pregunta en la casa de Judas por un hombre llamado Saulo, de Tarso, que está orando.
9,12 Y acaba de tener una visión en que un varón llamado Ananías entraba y le imponía las manos para que recobrara la vista.»
9,13 Entonces Ananías le respondió: «Señor, he oído a muchos hablar de los males que este hombre ha causado a tus santos en Jerusalén
9,14 y que ahora tiene poder de los jefes de los sacerdotes para tornar presos a todos los que invocan tu Nombre»
9,15 El Señor le contestó: «Anda, pues este hombre me será un instrumento valioso y dará a conocer mi Nombre, tanto a los paganos y a sus reyes como al pueblo de Israel.
9,16 Yo le mostraré todo lo que tendrá que sufrir por mi Nombre.»
9,17 Fue Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y le dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo.»
9,18 Al instante, fue como si se le cayeran escamas de los ojos, y pudo ver. Se levantó y fue bautizado;
9,19 comió y recobró las fuerzas.
[+]Saulo permaneció algunos días con los discípulos de Damasco
9,20 y muy pronto se puso a predicar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.
9,21 Todos los que lo oían quedaban maravillados y decían: «¿No es éste el que, en Jerusalén, perseguía a muerte a los que invocaban el Nombre de Jesús? ¿Y no vino aquí para llevarlos presos ante los jefes de los sacerdotes?»
9,22 Pero Saulo se fortalecía cada vez más y confundía a los judíos de Damasco, Demostrándoles que Jesús es el Mesías.
9,23 Pasado cierto tiempo, los judíos decidieron matarlo.
9,24 Saulo supo esta determinación: hasta vigilaban las puertas día y noche para poder matarlo.
9,25 Pero sus discípulos lo descolgaron de noche por la muralla dentro de un canasto.
9,26 Llegado a Jerusalén, intentó juntarse con los discípulos, pero todos le tenían miedo porqué no creían que fuese discípulo.
9,27 Entonces Bemabé lo tomó consigo, lo presentó a los apóstoles y les contó que Saulo había visto al Señor en el camino, lo que le había hablado y cómo en Damasco había predicado valientemente con el auxilio de Jesús.
9,28 Y empezó a convivir con ellos en Jerusalén, predicando con valentía con el auxilio del Señor.
9,29 También hablaba y discutía con los helenistas; éstos proyectaron matarlo,
9,30 pero los hermanos se enteraron, lo llevaron a Cesarea y de allí lo enviaron a Tarso.

Pedro visita las Iglesias

9,31 [+]La Iglesia, pues, gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaria; se afirmaba vivía en el temor del Señor y aumentaba en número con la ayuda del Espíritu Santo.
9,32 Pedro, que recorría todos los lugares, visitó también a los santos que vivían en Lida.
9,33 Allí encontró a un tal Eneas; que estaba paralítico y desde hacía ocho años yacía en una camilla.
9,34 Pedro le dijo: «Eneas, Jesucristo te sana; levántate y arregla tu cama. Inmediatamente se levantó.
9,35 Todos los habitantes de Lida y Sarón fueron testigos y se volvieron hacia el Señor:
9,36 En Joppe había una discípula llamada Tabitá, que significa Gacela. Era rica en buenas obras y no se podían contar sus limosnas.
9,37 En ésos días se enfermó y murió. Una vez qué lavaron su cuerpo, la pusieron en el piso superior de la casa.
9,38 Corno Lida está cerca de Joppe los discípulos, al saber que Pedro estaba allí, mandaron a dos hombres con este recado: «Ven a nosotros cuanto antes.»
9,38 Pedro fue en seguida con ellos. Apenas llegó, lo hicieron subir al piso superior; allí estaban las viudas que lloraban y mostraban las túnicas y mantos que Tabitá hizo cuando vivía con ellas.
9,40 Pedro las hizo salir a todas y se hincó de rodillas para orar, luego se volvió al cadáver y dijo: «Tabitá, levántate.»
9,41 Ella abrió sus ojos y, al ver a Pedro, se sentó. Él le dio la mano y la ayudó a levantarse. Luego llamó a los santos y a las viudas y se la presentó viva.
9,42 Todo Joppe lo supo y muchos creyeron en el Señor.
9,43 Lo que es Pedro, permaneció bastante tiempo en Joppe, en casa de un curtidor llamado Simón.

Pedro bautiza a Cornelio

10,1 [+]Vivía en la ciudad de Cesarea un hombre llamado Corneljo, que era capitán del batallón llamado el Itálico.
10,2 Él era piadoso y junto con toda su familia era de los que temen a Dios. Daba muchas limosnas al pueblo y oraba constantemente.
10,3 Alrededor de las tres de la tarde tuvo una visión en la cual vio claramente a un ángel de Dios que se acercaba y le decía: «Cornelio.»
10,4 Él lo miró fijamente y, lleno de miedo, preguntó: «¿Qué pasa, Señor?» Le respondió: «Tus oraciones y tus limosnas han llegado a la presencia de Dios y hablan en tu favor.
10,5 Ahora manda a unos hombres a Joppe para que traigan a un tal Simón, llamado Pedro,
10,6 que está alojado en casa del curtidor Simón, que vive cerca del mar.»
10,7 Cuando desapareció el ángel que le hablaba, Cornelio llamó a dos criados y a un soldado piadoso, de su confianza
10,8 y, después de contarles todo, los mandó a Joppe.
10,9 Al día siguiente, mientras ellos llegaban ya cerca de la ciudad, Pedro subió cerca del medio día a la azotea para orar.
10,10 Tuvo hambre y quiso comer, pero mientras le preparaban la comida, tuvo un éxtasis.
10,11 Vio el cielo abierto y una cosa extraña, algo como un mantel inmenso que bajaba del cielo y cuyas cuatro puntas se posaban sobre el suelo.
10,12 Dentro había toda clase de animales, tanto de la tierra como del cielo: cuadrúpedos, reptiles y aves.
10,13 Y una voz le dijo: «Pedro, levántate, mata y come.»
10,14 Pedro contestó: «De ninguna manera, Señor; nunca he comido algo profano o impuro:»
10,15 La voz le dijo por segunda vez: «Lo que Dios ha purificado, tú no lo llames impuro.»
10,16 Esto se repitió tres veces y, después, la cosa aquella fue levantada hacia el cielo.
10,17 Pedro se quedó desconcertado, pensando qué significaría la visión que había tenido. Pero, en ese momento, los hombres enviados por Cornelio, que venían preguntando por la familia de Simón, se presentaron en la puerta.
10,18 Llamaron y preguntaron si se alojaba allí Simón, llamado Pedro.
10,19 Entonces, como Pedro seguía recapacitando sobre la visión, el Espíritu le dijo: «Tres hombres te vienen a buscar;
10,20 baja y anda con ellos sin vacilar, porque los he mandado yo.»
10,21 Pedro bajó donde ellos y les dijo: «Yo soy el que buscan, ¿cuál es el motivo que los trae aquí?»

10,22 Ellos respondieron: «El capitán Cornelio, hombre bueno de los que temen a Dios, y a quien estiman
todos los judíos, recibió de un santo ángel la orden de hacerte llamar a su casa para escuchar lo que
tú digas.»
10,23 Entonces los hizo pasar y les dio alojamiento.
Al día siguiente partió con ellos y lo acompañaron algunos hermanos de Joppe.
10,24 Al otro día llegó a Cesarea. Comelio, que los esperaba, había reunido a sus parientes y amigos
íntimos.
10,25 Cuando Pedro entró, Cornelio le salió al encuentro y cayó a sus pies con mucho respeto.
10,26 Pero Pedro lo levantó y le dijo: «Levántate, que también yo soy hombre.»
10,27 Conversó con él, entró, y viendo a todas esas personas reunidas
10,28 les dijo: «Ustedes saben que a un judío su religión le prohibe juntarse con un extranjero o entrar en
su casa; a mí, sin embargo, Dios me ha enseñado que no se debe considerar manchado o impuro a
ningún hombre.
10,29 Por eso, apenas me llamaron vine sin vacilar. Les pregunto, pues, ¿por qué razón me mandaron
llamar?»
10,30 Cornelio respondió: «Hace cuatro días, a esta misma hora, estaba yo en mi casa haciendo la oración
que corresponde a las tres de la tarde, cuando se presentó delante de mí un hombre con ropas muy
brillantes que me dijo:
10,31 «Cornelio, tu oración ha sido oída, y Dios se ha acordado de tus limosnas;
10,32 manda; pues, mensajeros a Joppe y haz venir a Simón, llamado Pedro, que se hospeda en casa del
curtidor Simón, cerca del mar.» En seguida te mandé buscar y tú me has hecho el favor de venir.
10,33 Ahora, todos nosotros estamos a tus órdenes, dispuestos a escuchar todo lo que el Señor te ha
ordenado.»
10,34 Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: «Verdaderamente reconozco que Dios no a hace diferencia
entre las personas,
10,35 sino que acepta a todo el que lo honra y obra justamente, sea cual sea su raza.
10,36 Él ha enviado su palabra a los hijos de Israel, ofreciéndoles la paz por medio de Jesucristo, que es el
Señor de todos.
10,37 Ustedes saben lo sucedido en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que Juan
predicó:
10,38 cómo Dios consagró a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo, comunicándole su poder. Este pasó
haciendo el bien y sanando a cuántos estaban dominados por el diablo, porque Dios estaba con él.
10,39 Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la provincia de los judíos e incluso en Jerusalén. Al
final ellos lo mataron colgándolo de un madero.
10,40 Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió que se dejara ver
10,41 no por todo el pueblo, sino por los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros, qué
comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos.
10,42 Y nos mandó a predicar al pueblo y a dar testimonio de que él fue puesto por Dios como juez de
vivos y muertos.
10,43 A él se refieren todos los profetas, al decir que quien cree en él recibe por su Nombre el perdón de
los pecados.»
10,44 Todavía estaba Pedro hablando en esta forma cuando el Espíritu Santo bajó sobre todos los que
escuchaban la Palabra.
10,45 Y los creyentes de origen judío que habían venido con Pedro quedaron atónitos: «¡Cómo! ¡Dios
regala y derrama el Espíritu Santo sobre los no judíos!»
10,46 Y era pura verdad: los oían hablar en lenguas y alabar a Dios.
10,47 Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: «¿Quién podría negar el agua del bautismo a quienes han
recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?»
10,48 Y mandó bautizarlos en el Nombre de Jesucristo. Luego le pidieron que se quedara algunos días con
ellos.

Pedro tiene que justificarse

11,1 [+]Los apóstoles y los hermanos que vivían en Judea oyeron que también los no judíos habían
aceptado la Palabra de Dios.
11,2 Cuando Pedro subió a Jerusalén; los creyentes judíos comenzaron a discutir con él

11,3 y le dijeron: «Entraste en casa de algunos que no eran circuncisos y comiste con ellos:»
11,4 Entonces Pedro se puso a explicarles los hechos punto por punto, diciendo:
11,5 «Estaba yo haciendo oración en la ciudad de Joppe cuando tuve un éxtasis: Vi una cosa parecida a un mantel que bajaba del cielo y llegó hasta mí, descansando sobre sus cuatro puntas.
11,6 Lo miré atentamente y vi en él cuadrúpedos de la tierra, bestias del campo, reptiles y aves del cielo.
11,7 Oí también una voz que me decía: «Pedro, levántate, mata y come.»
11,8 Yo contesté: «De ninguna manera, Señor, nunca he comido algo profano o impuro.»
11,9 La voz me dijo por segunda vez: «Lo que Dios ha purificado, tú no lo llames impuro.»
11,10 Esto se repitió tres veces y después fue levantado hacia el cielo.
11,11 En ese momento se presentaron a la casa en que estábamos tres hombres enviados desde Cesarea en mi busca.
11,12 Y el espíritu me dijo que los siguiera sin vacilar. Me acompañaron estos seis hermanos y entramos a la casa de aquel hombre.
11,13 Él nos contó cómo había visto un ángel que se presentó en su casa y le dijo: «Manda a buscar a Joppe a Simón, llamado Pedro.
11,14 Él te dará el mensaje por el que te salves tú y toda tu familia.»
11,15 Apenas había comenzado yo a hablar, cuando el Espíritu Santo bajó sobre ellos, como había bajado al principio sobre nosotros.
11,16 Entonces me acordé de las palabras del Señor que dijo: *«Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo. »*
11,17 Si ellos creían en el Señor Jesucristo y Dios les comunicaba lo mismo que a nosotros, ¿quién era yo para oponerme a Dios?»
11,18 Cuando oyeron esto, se tranquilizaron y alabaron a Dios, diciendo: «También a los que no son judíos Dios les concede esta conversión que lleva a la vida.»

Los principios de la Iglesia de Antioquía

11,19 Los que se habían dispersado a raíz de la persecución que siguió a la muerte de Esteban, recorrieron hasta Fenicia, la isla de Chipre y la ciudad de Antioquía, aunque sólo predicaban a los judíos.
11,20 Sin embargo, había entre ellos algunos hombres de Chipre y de Cirene que, al llegar a Antioquía, predicaron también a los griegos y les anunciaron la buena nueva del Señor Jesús.
11,21 La mano del Señor estaba con ellos, y fueron numerosos los que creyeron y se volvieron hacia el Señor.
11,22 Esta noticia llegó a oídos de la Iglesia de Jerusalén y mandaron a Bernabé a Antioquía.
11,23 Cuando llegó y vio la gracia de Dios, se alegró y los animó a permanecer fieles al Señor con firme corazón,
11,24 pues era un hombre bueno, lleno de fe y Espíritu Santo. Así una enorme multitud conoció al Señor.
11,25 Bemabé salió para Tarso en busca de Saulo.
11,26 Lo encontró y lo llevó consigo a Antioquía. En esta Iglesia estuvieron los dos un año entero y enseñaron la doctrina cristiana a mucha gente. En Antioquía fue donde por primera vez los discípulos recibieron el nombre de cristianos.
11,27 [+]En esos días bajaron unos profetas de Jerusalén a Antioquía.
11,28 Uno de ellos; llamado Agabo, movido por el Espíritu, anunció que vendría una gran hambruna que afectaría todos los países. Se refería al hambre que sobrevino en tiempo del emperador Claudio.
11,29 Entonces los discípulos decidieron mandar ayuda, cada uno según sus posibilidades, a los hermanos que vivían en Judea.
11,30 Así lo hicieron y la enviaron a los presbíteros por intermedio de Saulo y Bemabé.

Muerte de Santiago. Liberación milagrosa de Pedro

12,1 [+]El rey Herodes decidió maltratar algunos miembros de la Iglesia.
12,2 Hizo matar a espada a Santiago, hermano de Juan, y, al ver que esto gustaba a los judíos, mandó detener también a Pedro. Eran los días de la fiesta de los Panes Ázimos.
12,4 Después de detenerlo, lo metió en la cárcel, poniéndolo bajo la vigilancia de cuatro grupos de cuatro soldados cada uno. Su intención era presentarlo al pueblo después de la Pascua.
12,5 Y, mientras Pedro era vigilado en la cárcel, la Iglesia no cesaba de orar insistentemente por él.

12,6 Herodes, pues, iba a hacerlo comparecer y, esa noche, Pedro dormía entre dos soldados, atado con dos cadenas; otros guardias vigilaban ante la puerta de la cárcel.
12,7 De repente, se presentó el ángel del Señor y la celda se llenó de luz. El ángel tocó a Pedro en el costado, lo despertó y le dijo: «Levántate, rápido», y las cadenas cayeron de sus manos.
12,8 Entonces el ángel le ordenó: «Asegúrate bien el cinturón y colócate las sandalias.» Así lo hizo. Y el ángel agregó: «Ponte tu manto y sígueme.»
12,9 Pedro salió tras él. No hubiera podido afirmar que lo que hacía el ángel era realidad; todo esto le parecía un sueño.
12,10 Pasaron la primera y la segunda guardia, y llegaron a la puerta de hierro que daba a la calle, la cual se les abrió sola. Salieron y anduvieron por una calle y, de repente, el ángel se alejó de él.
12,11 Pedro volvió en si y dijo: «Ahora me doy cuenta que el Señor envió realmente a su ángel para librarme de las manos de Herodes y de todo lo que proyectaban los judíos.
12,12 Entonces se orientó y fue a la casa de María, madre de Juan, llamado también Marcos, donde muchos se habían reunido para orar.
12,13 Golpeó a la puerta de la calle y una empleada llamada Rode salió a abrirle.
12,14 Esta reconoció la voz de Pedro, pero, de pura alegría no abrió la puerta, sino que entró corriendo a contar que Pedro estaba en la puerta.
12,15 Ellos le contestaron: «¡Eres loca!» Y como insistía ella, pensaban: «Será su ángel.»
12,16 Pedro, entre tanto, seguía llamando. Cuando abrieron, vieron que era él y quedaron sin palabras.
12,17 Les hizo señas con la mano para que guardaran silencio y les contó cómo el Señor lo había sacado de la cárcel. Y les dijo: «Cuenten esto a Santiago y a los hermanos.» Luego salió y se fue a otro lugar.
12,18 Cuando amaneció, no fue poco el alboroto entre los soldados: ¿Qué había pasado con Pedro?
12,19 Herodes ordenó buscarlo y, como no lo encontraron, hizo procesar y ejecutar a los guardias. Después, bajó de Judea a Cesarea y se quedó allí.

Muerte de ese Herodes

12,20 En ese entonces Herodes estaba enojado con los ciudadanos de Tiro y Sidón. Estos, de común acuerdo, se presentaron ante él y, después de ganarse a Blasto, tesorero del rey, pidieron la paz, ya que su país recibía el alimento del territorio del rey.
12,21 El día fijado, Herodes, con traje real, se sentó en su trono y les dirigió la palabra.
12,22 Delante de él, el pueblo clamaba: «El que habla es un Dios, ¡no un hombre!»
12,23 En ese mismo instante lo hirió el ángel del Señor porque no había devuelto a Dios el honor, y murió carcomido por los gusanos.

Pablo es enviado por la Iglesia

12,24 [+]La Palabra de Dios iba creciendo y se difundía.
12,25 Bemabé y Saulo, terminada su misión, volvieron a Jerusalén llevando consigo a Juan, por sobrenombre Marcos.

13,1 En Antioquía, en la Iglesia que ahí estaba, había profetas y maestros: Bernabé, Simeón llamado el Negro, Lucio el cirenense, Manahem, que se había criado con Herodes, y Saulo.
13,2 Mientras celebraban el culto del Señor y ayunaban, el Espíritu Santo les dijo: «Sepárenme a Bemabé y a Saulo, y envíenlos a realizar la misión a que los he llamado.»
13,3 Ayunaron, pues, e hicieron oraciones, les impusieron las manos y los enviaron.

Primera misión de Pablo

13,4 [+]Entonces ellos, enviados por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia y de allí navegaron hasta la isla de Chipre.
13,5 Llegados a Salamina, anunciaron la Palabra de Dios en las sinagogas de los judíos, teniendo a Juan como ayudante.
13,6 Atravesaron toda la Isla hasta Pafos y encontraron a un mago y falso profeta judío, llamado Bar-Jesús,

13,7 que vivía al lado del gobernador Sergio Paulo, hombre de buen criterio. Este mandó llamar a Bema
bé y Saulo, ya que deseaba escuchar la Palabra de Dios.
13,8 Pero se les opuso el Elimas, el Mago, el cual trataba de apartar de la fe al gobernador.
13,9 Entonces Saulo, también llamado Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijó sus ojos en él y dijo: «Tú, hijo del diablo, lleno de engaño y de maldad, enemigo de todo bien, ¿cuándo terminarás de torcer los rectos caminos del Señor?
13,11 Ahora la mano del Señor va a caer sobre ti. Quedarás ciego y por algún tiempo no verás la luz del sol.» Al instante lo envolvieron oscuridad y tinieblas. Y andaba a tientas en busca de alguien que le diera la mano.
13,12 El gobernador fue testigo del hecho y creyó, pues la doctrina del Señor lo impresionaba muchísimo.

Pablo en la capital de Pisidia

13,13 Pablo y sus compañeros navegaron desde Pafos hasta Perge de Panfilia. Ahí Juan se separó de ellos y regresó a Jerusalén
13,14 mientras que ellos, partiendo de Perge, llegaban hasta Antioquía de Pisidia. El sábado entraron en la sinagoga y se sentaron.
13,15 Después de la lectura de la Ley y los Profetas, los jefes de la sinagoga les mandaron a decir: «Hermanos, si tienen una palabra de aliento para los presentes, hablen.»
13,16 Pablo, pues, se levantó, hizo señal con la mano y dijo:
«Hijos de Israel y también ustedes que temen a Dios, escuchen:
13,17 El Dios de Israel, nuestro pueblo, eligió a nuestros padres y, después que hizo prosperar a sus hijos durante su permanencia en Egipto, los sacó de allí triunfalmente.
13,18 Durante unos cuarenta años los alimentó en el desierto.
13,19 Y, después de destruir siete naciones en la tierra de Canaán,
13,20 les dio en herencia su tierra, al cabo de unos cuatrocientos cincuenta años. Después les dio Jueces hasta el profeta Samuel.
13,21 Entonces pidieron un rey y Dios les dio a Saúl, hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, que reinó cuarenta años.
13,22 Pero después Dios rechazó a éste y les dio por rey a David, de quien dio este testimonio: *Encontré a David, fjo de Jesé, un hombre a mi gusto, que actuará en todo según mis planes.*
13,23 Ahora bien, de la familia de David, Dios ha hecho salir un Salvador para Israel, como lo había prometido, ése es Jesús.
13,24 Antes que se manifestara, Juan proclamó a todo el pueblo de Israel un bautismo de conversión.
13,25 Y, cuando Juan terminaba su carrera, decía: «No soy lo que ustedes piensan, pero sepan que detrás de mí viene aquel a quien no soy digno de desatarle el calzado.»
13,26 Hermanos, hijos y descendientes de Abraham y también ustedes que temen a Dios: A nosotros nos dirigió Dios este mensaje de salvación.
13,27 Bien es cierto que los habitantes de Jerusalén y sus jefes desconocieron a Jesús.
Pero, al condenarlo, cumplieron las palabras de los profetas que se leen cada sábado.
13,28 Aunque no encontraron en él ningún motivo para condenarlo a muerte, pidieron a Pilato que lo hiciera morir
13,29 y, cuando cumplieron todo lo que sobre él estaba escrito, lo bajaron de la cruz y lo pusieron en el sepulcro.
13,30 Pero Dios lo resucitó de entre los muertos.
13,31 Durante muchos días se apareció a los que habían subido con él desde Galilea a Jerusalén, los qué ahora son sus testigos ante el pueblo.
13,32 y nosotros les venimos a anunciar esta Buena Nueva. Eso mismo que Dios prometió a nuestros padres,
13,33 lo ha cumplido con sus hijos, es decir, con nosotros, al resucitar a Jesús, según está escrito en los Salmos: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy*
13,34 Y, al resucitarlo de entre los muertos, de manera que nunca más pueda morir, Dios cumplió lo que había dicho*: Les daré las cosas santas, las realidades verdaderas que reservaba para David.*
13,35 Asimismo cumplió lo escrito en otro lugar: *No permitirás que tu santo sufra la corrupción*.

13,36 Bien saben que David, después de haber servido durante su vida los designios de Dios, murió, se reunió con sus padres y sufrió la corrupción.
13,37 Otro, pues, es el que no sufre la corrupción, y ése es Jesús, al que Dios resucitó.
13,38 Entonces, hermanos, les anunciamos que por él tendrán el perdón de los pecados y de todas esas cosas de las cuales buscaron en vano ser liberados por la Ley de Moisés.
13,39 Quien cree en ese Jesús es liberado y perdonado de todo esto.
13,40 Tengan, pues, cuidado de que no les pase lo que dijeron los profetas:
13,41 *Atiendan ustedes que desprecian, asómbrense y desaparezcan, porque voy a realizar en sus días una obra que si se la contaran no la creerían. »*
13,42 Cuando Pablo y Bernabé salieron de la sinagoga, les rogaron que les volvieran a hablar sobre este tema el sábado siguiente.
13,43 Y, terminada la reunión, muchos judíos y de los que temen a Dios siguieron a Pablo y a Bernabé; éstos conversaban con ellos y los invitaban a no perder esta gracia de Dios.
13,44 El sábado siguiente se reunió casi toda la ciudad para escuchar a Pablo, que les habló del Señor en una larga prédica.
13,45 Los judíos, al ver tal gentío se llenaron de envidia y se pusieron a contradecir con insultos lo que Pablo decía.
13,46 Entonces Pablo y Bernabé dijeron con firmeza: «Ustedes eran los primeros a quienes debíamos anunciar la Palabra de Dios. Pero si ustedes, ahora, la rechazan y se condenan a no recibir la vida eterna, nosotros iremos a los que no son judíos,
13,47 porque así nos ordenó el Señor: *Te puse como luz de las naciones, para que lleves la salvación hasta los extremos del mundo.*
13,48 Los que no eran judíos se alegraron con estas palabras y comenzaron a alabar el mensaje del Señor, y creyeron todos los que estaban dispuestos para la vida eterna.
13,49 Mientras tanto la Palabra de Dios se difundía por toda la región.
13,50 Los judíos entonces incitaron a mujeres distinguidas de entre las que temían a Dios y también a los hombres importantes de la ciudad; organizaron una persecución contra Pablo y Bernabé y lograron que los echaran de su territorio.
13,51 Estos sacudieron el polvo de sus pies, como protesta contra ellos, y se fueron a la ciudad de Iconio,
13,52 dejando a los discípulos llenos de gozo y Espíritu Santo.

En Iconio

14,1 [+]En Iconio pasó lo mismo. Pablo y Bernabé entraron en la sinagoga de los judíos y hablaron de tal manera que un gran número de judíos y de griegos creyeron.
14,2 Pero los judíos que se negaron a creer excitaron a los paganos y los indispusieron contra los hermanos.
14,3 A pesar de todo, Pablo y Bernabé permanecieron bastante tiempo allí. Predicaban sin miedo, confiados en el Señor que confirmaba las palabras portadoras de su gracia con los prodigios y milagros que les concedía realizar.
14,4 La gente de la ciudad se dividió: unos estaban a favor de los judíos, y otros, a favor de dos apóstoles.
14,5 Un grupo compuesto de paganos y judíos, con sus jefes al frente, se preparó para atacar a los apóstoles y apedrearlos.
14,6 Ellos, al enterarse, huyeron a las ciudades de Licaonia: Listra, Derbe y sus alrededores.
14,7 Allí se pusieron a anunciar la Buena Nueva.

En Listra y Derbe

Pablo y Bemabé estuvieron buen tiempo en Listra.
14,8 En esa ciudad había un hombre con los pies tullidos, cojo de nacimiento, que nunca había caminado.
14,9 Un día, como escuchaba el discurso de Pablo, éste fijó en él su mirada y descubrió que este hombre tenía fe para ser sanado. Le dijo entonces en voz alta- «Ponte de pie.» El otro dio un salto y empezó a caminar.
14,11 La gente; al ver lo que Pablo había hecho comenzó a gritar. Decían en el idioma licaonio: «Los dioses han tomado forma de hombres para bajar hasta nosotros.»

14,12 A Bernabé lo llamaban Júpiter y a Pablo Hermés, porque era el que predicaba.
14,13 El sacerdote del templo de Júpiter, que estaba a la entrada de la ciudad, trajo toros y guirnaldas hasta las puertas y, de común acuerdo con la muchedumbre, quería ofrecérselos en sacrificio.
14,14 Pero, cuando Bernabé y Pablo se enteraron, rasgaron sus ropas indignados y se metieron en medio de la gente gritando:
14,15 «¡Amigos! ¿Por qué hacen esto? Nosotros también somos hombres mortales, igual que ustedes, y les predicamos que abandonen estos ídolos y se conviertan al Dios vivo, que hizo el cielo, la tierra, el mar y cuanto hay en ellos.
14,16 Él permitió en las generaciones pasadas que cada nación siguiera su propio camino;
14,17 aunque nunca ha dejado de manifestarse ni de derramar sus beneficios. Desde el cielo manda las lluvias y cosechas a su tiempo, dando el alimento y llenando de alegría los corazones.»
14,18 Aun con estas palabras, difícilmente consiguieron que el pueblo no les ofreciera un sacrificio, sino que volvieran cada uno a su casa.
14,19 Como se quedaran ahí algún tiempo para enseñarlos, algunos judíos vinieron de Antioquía a Iconio para rebatir a Bernabé y Pablo. Y persuadieron al pueblo que les dieran la espalda, afirmando que todo esto era mentira. Al final apedrearon a Pablo y lo arrastraron fuera de la ciudad, convencidos de que estaba muerto.
14,20 Pero, cuando sus discípulos se reunieron en torno a él, se levantó y entró a la ciudad. Al día siguiente, salió con Bernabé hacia Derbe.

Vuelven a Antioquía

14,21 +Después de haber evangelizado esta ciudad donde hicieron muchos discípulos, volvieron a Listra, y después a Iconio y Antioquía.
14,22 Animaban a los discípulos y los invitaban a perseverar en la fe; les decían: «Es necesario que pasemos por muchas pruebas para entrar en el Reino de Dios.»
14,23 En cada Iglesia designaron presbíteros y, después de orar y ayunar, los encomendaron al Señor en quien habían creído.
14,24 Atravesaron la provincia de Pisidia y llegaron a la de Panfilia;
14,25 predicaron la Palabra en la ciudad de Perge y arribaron a la costa de Atalia.
14,26 De allí navegaron hasta Antioquía, de donde habían partido encomendados a la gracia de Dios, para la obra que acababan de realizar.
14,27 A su llegada, reunieron a la Iglesia y se pusieron a contar todo lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo había abierto la puerta de la fe a los pueblos paganos.
14,28 Y allí permanecieron bastante tiempo con los discípulos.

Discusiones relativas a la ley de Moisés

15,1 +Algunos que habían llegada de Judea enseñaban a los hermanos en la forma siguiente: «Si no se circuncidan, de acuerdo a la ley de Moisés, no podrán salvarse.»
15,2 Esto ocasionó bastante agitación, así como discusiones violentas de Pablo y Bernabé contra ellos. Los de Antioquía decidieron que Pablo, Bernabé y algunos de ellos subieran a Jerusalén para tratar esta cuestión con los apóstoles y los presbíteros.
15,3 La Iglesia los encaminó. Luego atravesaron Fenicia y Samaria, contando al pasar cómo se convertían los no judíos, lo que produjo gran alegría en todos los hermanos.
15,4 Al llegar a Jerusalén fueron recibidos por la Iglesia, porl os apóstoles y los presbíteros, a quienes contaron todo lo que Dios había hecho por su intermedio.
15,5 Algunos del grupo de los fariseos que habían creído, intervinieron para decir que los que no eran de origen judío debían circuncidarse y que era necesario mandarles que cumplieran la ley de Moisés.
15,6 Se reunieron entonces los apóstoles y los presbíteros para tratar este asunto.
15,7 Como la discusión se acaloraba, Pedro se levantó y les dijo:
«Hermanos, ustedes saben cómo Dios intervino entre ustedes mismos, desde los primeros momentos. Quiso que los paganos escucharan de mis labios la predicación del Evangelio y creyeran.
15,8 Y Dios, que conoce los corazones, se declaró en favor de ellos, al comunicarles el Espíritu Santo igual que a nosotros.
15,9 No ha hecho ninguna distinción entre nosotros y ellos, y con la fe purificó sus corazones.

15,10 ¿Por qué, pues, ahora tientan a Dios? ¿Por qué quieren poner sobre el cuello de los discípulos
un yugo que ni nuestros padres ni nosotros mismos fuimos capaces de soportar?
15,11 Creemos más bien que la gracia del Señor Jesús es la que nos ha salvado, del mismo modo que a
ellos.
15,12 Toda la asamblea calló, y escucharon a Bernabé y a Pablo contar todos los prodigios y milagros que
Dios había realizado por su intermedio entre los paganos.
15,13 +Cuando terminaron de hablar, Santiago tomó la palabra y dijo: «Hermanos, escúchenme:
15,14 Simón acaba de recordar cómo Dios, desde el primer momento, cuidó de formarse un pueblo con
hombres de pueblos paganos.
15,15 Los profetas ya anunciaban este acontecimiento, pues está escrito:
15,16 *Después de esto volveré y construiré, de nuevo la casa de David, caída al suelo. Reconstruiré sus*
ruinas, y la volveré a levantar
15,17 *para que todos los hombres busquen al Señor, todas esas naciones que fueron consagradas a mi*
Nombre.
15,18 *Así dice el Señor, que hoy realiza lo que desde siempre tenía preparado.*
15,19 Por esto, yo considero que no debemos complicar la vida a las personas paganas que se conviertan a
Dios.
15,20 Solamente escribirles que no coman , de lo que ha sido manchado por los ídolos, que se abstengan
de las relaciones sexuales prohibidas, y que no coman ni los animales sin sangrar ni la sangre.
15,21 En efecto, Moisés tiene desde mucho tiempo en cada ciudad sus predicadores y cada sábado
recuerdan sus leyes.»

El decreto de Jerusalén

15,22 Entonces los apóstoles y los presbíteros, de acuerdo con toda la Iglesia, decidieron elegir a quienes
enviarían a Antioquía con Pablo y Bernabé. Los elegidos fueron Judas, llamado Barsabás y Silas,
hombres eminentes entre los hermanos.
15,23 Con ellos mandaron esta carta: «Los apóstoles y los presbíteros saludan a los hermanos de otras
razas de Antioquía, Siria y Cilicia.
15,24 Nos enteramos que algunos de los nuestros los han inquietado con sus palabras, turbando sus
ánimos. No les habíamos dado ningún mandato.
15,25 Pero ahora, después de convocar la asamblea, decidimos en forma unánime enviar algunos hasta
ustedes, junto con los queridos hermanos Bernabé y Pablo,
15,26 quienes han consagrado sus vidas al servicio de nuestro Señor Jesucristo.
15,27 Así, pues, les mandamos a Judas y Silas, que des dirán lo mismo personalmente.
15,28 Fue el parecer del Espíritu Santo, y el nuestro, no imponerles ninguna carga más que estas cosas
necesarias:
15,29 que no coman carnes sacrificadas a los ídolos y se abstengan de todo lo qué no quieren que otros
hagan con ustedes. Observen esta norma dejándose guiar por el Espíritu Santo. Adiós.»
15,30 Después de despedirse, fueron a Antioquía, reunieron a la asamblea y entregaron la carta.
15,31 Cuando la leyeron, todos se alegraron con aquel mensaje consolador.
15,32 Judas y Silas, que también eran profetas, dieron ánimo y confortaron a los hermanos con un largo
discurso.
15,33 Pasado algún tiempo, fueron despedidos en paz por los hermanos para que volvieran a los que los
habían mandado.
15,34 Pero Silas prefirió quedarse con ellos y Judas volvió solo a Jerusalén.
15,35 En cuanto a Pablo y Bernabé, se quedaron en Antioquía enseñando y anunciando la Palabra del
Señor, en compañía de muchos otros.

Segundo viaje de Pablo

15,36 +Pasados algunos días, dijo Pablo a Bernabé: «Volvamos para visitar a los hermanos, en todas
aquellas ciudades donde hemos anunciado la Palabra del Señor, para ver cómo se encuentran.»
15,37 Bernabé quería llevar también con ellos a Juan, llamado Marcos.
15,38 Pablo, en cambio, pensaba que no debían llevar junto a ellos al que se había separado en Panfilia y
no los había acompañado en su misión.

15,39 Se produjo entonces gran desacuerdo entre ellos y acabaron por separarse el uno del otro. Bernabé tomó consigo a Marcos y se embarcó rumbo a Chipre;
15,40 por su parte, Pablo eligió por compañero a Silas y partió encomendado por sus hermanos a la protección de Dios.
15,41 Recorrió Siria y Cilicia, fortaleciendo las Iglesias y entregando las decisiones de los presbíteros.

16,1 +Llegó también a Derbe y Listra. Allí había un discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer judía que era creyente, y de padre de nacionalidad griega.
16,2 Como los hermanos de Listra e Iconio daban buenas referencias de él,
16,3 Pablo quiso tomarlo consigo. Lo tomó e hizo sobre él el rito de la circuncisión a causa de los judíos que había por aquellos lugares, pues todos sabían que su padre era griego.
16,4 Mientras pasaban por las ciudades, proclamaban con toda libertad al Señor Jesucristo y entregaban las decisiones recién tomadas por los apóstoles y presbíteros en Jerusalén, para que las observaran.
16,5 Las comunidades se fortalecían en la fe y crecían en número cada vez más.
16,6 Atravesaron Frigia y la región de Galacia, pues el Espíritu Santo les había prohibido predicar la Palabra de Dios en Asia.
16,7 Estando cerca de Misia, intentaron dirigirse a Bitinia, pero no se lo consintió el Espíritu de Jesús.
16,8 Atravesaron, pues, Misia y bajaron a Troás.
16,9 +Allí, por la noche, Pablo tuvo una visión: un macedonio estaba de pie, suplicándole: «pasa a Macedonia y ayúdanos.»
16,10 Al despertar, nos contó su visión y comprendimos que el Señor nos llamaba para evangelizar a Macedonia.

Pablo pasa a Europa

16,11 Nos embarcamos en Tróade y navegamos directo a la isla de Samotracia; al día siguiente anclamos en Neápolis,
16,12 de allí pasamos a Filipos, que es una de las principales ciudades de la Macedonia y que tiene derechos de colonia romana. En esta ciudad nos detuvimos algunos días.
16,13 El sábado salimos a las afueras de la ciudad, junto al río, donde Pablo suponía que los judíos se reunían para orar. Nos sentamos y empezamos a hablar con las mujeres que ahí se reunían.
16,14 Entre ellas estaba una tal Lidia,. vendedora de colorantes para la ropa, que era de la ciudad de Tíatira. Ella era de los «que temen a Dios».
Mientras escuchaba, el Señor le abrió e corazón para que tomara en serio las palabras de Pablo.
16,15 Cuando ella y los de su familia recibieron el bautismo, suplicó: «Si me consideran fiel seguidora, vengan, quédense en mi casa.» Y nos obligó a ir.

Pablo arrestado en Filipos

16,16 +Sucedió que mientras íbamos al lugar de oración, salió a nuestro encuentro una muchacha que tenía poderes de adivina y que, sacando la suerte, traía buena plata a sus amos.
16,17 Seguía a Pablo y a nosotros, gritando: «Estos hombres son siervos del Dios Altísimo y les anuncian el camino de la salvación.»
16,18 La muchacha hizo esto durante algunos días, hasta que Pablo se cansó. Se dio vuelta y dijo al espíritu: «Por el Nombre de Jesucristo, te mando que salgas de ella.» Y en el mismo instante el espíritu salió.
16,19 Al ver sus amos que con ello se esfumaban sus ganancias, tomaron a Pablo y a Silas y los arrastraron hasta el tribunal.
16,20 Los presentaron a los magistrados diciendo: «Estos hombres alborotan nuestra ciudad,
16,21 son judíos y predican costumbres que nosotros no podemos aceptar ni practicar, por ser romanos.»
16,22 La gente se fue contra ellos. Los inspectores les hicieron arrancar la ropa y mandaron azotarlos.
16,23 Después de haberles dado muchos golpes, los echaron a la cárcel y encargaron al carcelero que los vigilara con todo cuidado.
16,24 Este, al recibir la orden, los metió en el calabozo interior, y los amarró con cadenas por los pies al piso del calabozo.

Liberación milagrosa

16,25 Hacia la media noche, Pablo y Silas oraban y cantaban himnos a Dios. Los demás presos los escuchaban.
16,26 De repente, se produjo un temblor tan fuerte que hasta los cimientos de la cárcel se remecieron. Al momento se abrieron todas las puertas y se soltaron las cadenas de todos los presos.
16,27 Despertó el carcelero y, al ver abiertas las puertas de la cárcel, sacó la espada para matarse, creyendo que los presos habían huido.
16,28 Pero Pablo le gritó: «No te hagas daño, puesto que todos estamos aquí.»
16,29 El carcelero pidió luz, entró de un salto y tembloroso sé arrojó a los pies de Pablo y Silas, y después de encerrar cuidadosamente a los otros presos,
16,30 los sacó fuera y les dijo: «Señores: ¿qué debo hacer parra salvarme?»
16,31 Ellos le respondieron: «Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu familia.»
16,32 Y le anunciaron la Palabra del Señor a él y a todos los de su casa.
16,33 Y en aquella misma hora, de noche, el carcelero los llevó consigo, les lavó las heridas, e inmediatamente se hizo bautizar él con toda su familia.
16,34 Los invitó a su casa, les dio de comer y se alegró con los suyos por haber creído en Dios.
16,35 Al amanecer, los magistrados enviaron a los inspectores a decir al carcelero: «Deja en libertad a esos hombres.»
16,36 El carcelero, pues, lo comunicó a Pablo en esta forma: «Los magistrados han mandado a decir que los deje en libertad; salgan, pues, y vayan en paz.»
16,37 Pero Pablo le contestó: «A nosotros, ciudadanos romanos, nos azotaron públicamente, nos metieron en la cárcel sin juzgarnos, ¿y ahora nos libran a escondidas? Eso no; que vengan ellos a sacarnos.»
16,38 Los inspectores dijeron esto a los magistrados, que se asustaron al saber que Pablo y Silas eran ciudadanos romanos.
16,39 Entonces vinieron a la cárcel acompañados por un buen grupo de sus amigos y los invitaron a que se fueran. Decían: «¡Cómo íbamos a pensar que ustedes eran buena gente!». Y cuando Pablo y Silas se fueron, les encomendaron lo siguiente: «Por favor, cuando estén afuera, no nos traigan problemas por haberles hablado duramente».
16,40 Pablo y Silas, al salir de la cárcel, fueron a casa de Lidia, donde se encontraron con los hermanos. Y, después de darles ánimo, se fueron.

Dificultades en Tesalónica

17,1 [+]Pasando por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde los judíos tenían una sinagoga.
17,2 Pablo, según su costumbre, entró a verlos, y durante tres sábados discutió con ellos. Partiendo de las Escrituras
17,3 les explicaba y probaba que el Mesías debía padecer y resucitar de entre los muertos. Y les decía: «El Mesías es ese Jesús que yo les anuncio»
17,4 Algunos de ellos creyeron y se unieron a Pablo y Silas, como también gran número de gente de nacionalidad griega que habían aceptado la fe de los judíos entre ellos varias mujeres de la alta sociedad.
17,5 Envidiosos de esto, los judíos reunieron a unos cuantos vagos y maleantes, con los que armaron un motín y alborotaron la ciudad. Se presentaron en casa de Jasón buscando a Pablo y Silás para llevarlos ante la Asamblea.
17,6 Como no los encontraron, arrastraron a Jasón y a algunos creyentes ante los magistrados de la ciudad, gritando: «Estos hombres que han revolucionado todo el mundo han llegado hasta aquí
17,7 y ese Jasón los ha recibido en su casa. Todos ellos van contra los decretos del César y afirman que hay otro rey llamado Jesús.»
17,8 Con estos gritos impresionaron al pueblo y a los magistrados que los oían.
17,9 Estos, entonces, exigieron una fianza de Jason y de los demás hermanos antes de dejarlos libres.
17,10 Por la noche, los hermanos hicieron salir a Pablo y a Silas a la ciudad de Berea. Llegaron allí y entraron a la sinagoga de los judíos.
17,11 Estos eran mejores que los de Tesalónica y recibieron la Palabra de Dios con mucho interés. Diariamente examinaban las Escrituras para comprobar lo dicho por Pablo.
17,12 Muchos creyeron y, de entre los de nacionalidad griega, mujeres distinguidas y varios hombres.

17,13 Pero, cuando los judíos de Tesalónica supieron que también en Berea predicaba Pablo la Palabra de Dios, fueron allá para agitar el pueblo y crear disturbios.
17,14 Inmediatamente, los hermanos hicieron salir a Pablo hacia el mar, quedándose allí Silas y Timoteo.
17,15 Los que acompañaban a Pablo lo llevaron hasta la ciudad de Atenas y se volvieron con una orden para Timoteo y Silas, que fueran cuanto antes a reunirse con

Pablo en Atenas.

17,16 +Mientras Pablo los esperaba en Atenas, sentía gran malestar al ver la ciudad llena de ídolos.
17,17 Pablo conversaba en la sinagoga con los judíos y con los que temen a Dios, hablando también con los que diariamente se encontraban en las plazas de la ciudad.
17,18 Algunos filósofos, epicúreos y estoicos entablaron conversación con él, y algunos decían: «¿Qué querrá decir este charlatán?» Otros contestaban: «parece ser un predicador de dioses extranjeros.» Porque anunciaba a Jesús y la Resurrección.
17,19 Lo tomaron y lo llevaron a la sala del Areópago y le dijeron: «¿Podemos saber cuál es esta nueva doctrina que tú enseñas?
17,20 Tú nos dices cosas bien raras y desearíamos algunas explicaciones.»
17,21 Se sabe que todos los atenienses y los extranjeros que viven allí, sólo se preocupan de decir o escuchar la última novedad.
17,22 Pablo, entonces, de pie en medio de ellos, dijo: «Hombres de Atenas, veo que son hombres sumamente religiosos.
17,23 Porque, al recorrer la ciudad y contemplar sus monumentos sagrados, he encontrado también un altar en el que está grabada esta inscripción: «Al Dios desconocido.» Ahora bien, lo que adoran sin conocer, vengo a anunciárselo.
17,24 El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, siendo Señor del Cielo y de la tierra, no vive en santuarios fabricados por hombres.
17,25 Y su culto tampoco requiere objetos salidos de la mano del hombre, como si él necesitara algo. Pues él da a todos la vida, el aliento y todo lo demás.
17,26 De una misma sangre hizo toda la raza humana, para establecerla sobre toda la faz de la tierra, y determinó el tiempo y los límites del lugar donde cada pueblo había de habitar.
17,27 Y quiso que buscaran por sí mismos la verdad sobre Dios, a ver si lo descubrían, aunque fuera a tientas.
17,28 En realidad, Dios no está lejos de cada uno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos, como algunos de sus poetas dijeron: «Somos de la raza del mismo Dios.»
17,29 Si somos, pues, de la raza de Dios, no debemos pensar que la divinidad sea semejante al oro, a la plata o a la piedra, obras del arte y del ingenio humano.
17,30 Ahora bien, Dios prefiere olvidar esos tiempos de la ignorancia y ordena a todos los hombres, por todo el mundo, que se conviertan.
17,31 Ya tiene fijado un día en que va a juzgar a toda la tierra con justicia por medio de un hombre que él designó para esto. Y nos dio una garantía de su decisión al resucitar ese hombre después de muerto.
17,32 Cuando oyeron hablar de resurrección de los muertos, unos se burlaron y otros dijeron: «Sobre esto te escucharemos en otra ocasión.»
17,33 Fue así como Pablo salió de entre ellos.
17,34 A pesar de todo, algunos se unieron a él y creyeron. Entre ellos, Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más.

Pablo permanece en Corinto

18,1 +Después de esto, Pablo se marcho de Atenas y se. fue a Corinto.
18,2 Allí se encontró con un judío llamado Aquila, originario del Ponto, recién llegado de Italia con su esposa, Priscila, debido a que el emperador Claudio publicó un decreto por el cual expulsaba de Roma a todos los judíos.
Pablo se unió a ellos y,
18,3 como tenían el mismo oficio, se quedó a vivir y a trabajar con ellos: pues se dedicaban a fabricar tiendas de campaña.

18,4 Y, todos los sábados; tomaba la palabra en la sinagoga, tratando de convencer tanto a los judíos como a los griegos.
18,5 Pero, cuando Silas y Timoteo llegaron de Macedonia, Pablo se dedicó por entero a la Palabra para convencer a los judíos de que Jesús era el Cristo.
18,6 Como ellos lo contradecían y le respondían con insultos, Pablo sacudió el polvo de sus vestidos y les dijo: «Ustedes son responsables de lo que suceda. Yo no tengo la culpa si ahora me dirijo a los paganos.»
18,7 Y marchándose de allí, fue a la casa de un tal Tito Justo; de *los que temen a Dios*. Su casa estaba al lado de la sinagoga.
18,8 Crispo, dirigente de la comunidad judía, y toda su familia, creyeron en el Señor, y también muchos corintios, al oír la palabra de Pablo, creyeron y recibieron el bautismo.
18,9 Una noche, el Señor dijo a Pablo en una visión: «No tengas miedo, sigue hablando y no calles,
18,10 pues en esta ciudad me he reservado un pueblo numeroso. Yo estoy contigo y nadie podrá dañarte.» 18,11 Y Pablo permaneció allí un año y seis meses, enseñando entre ellos la Palabra de Dios.
18,12 Siendo Gallón gobernador de Acaya, la hostilidad de los judíos contra Pablo se hizo unánime y lo llevaron al juzgado, diciendo:
18,13 «Este hombre quiere persuadirnos a que sirvamos a Dios de una manera que nuestra Ley prohibe.»
18,14 Pablo iba a contestar cuando Gallón dijo a los judíos: «Judíos, si se tratara de una injusticia o de algún crimen, sería correcto que yo los escuchara,
18,15 Pero como se trata de discusiones sobre enseñanzas, nombres y cosas de la Ley de ustedes, arréglense entre ustedes mismos; yo no quiero ser juez de esos asuntos.»
18,16 Y los despidió del tribunal.
18,17 Entonces todos los griegos se lanzaron contra Sóstenes, dirigente de la comunidad judía, y empezaron a golpearlo delante del tribunal. Pero Gallón no se preocupó de esa.

El Evangelio es llevado a Éfeso

18,18 Pablo se quedó en Corinto bastante tiempo; luego se despidió de los hermanos y se embarcó para Siria, acompañado por Priscila y Aquila. Antes, en la ciudad de Cencreas se cortó el pelo, pues tenía hecho un voto.
18,19 Llegaron a la ciudad de Éfeso y el sábado siguiente, Pablo los dejó que se fueran. Él, por su parte, entró en la sinagoga y empezó a discutir con los judíos.
18,20 Ellos le rogaron que se quedara en Éfeso por más tiempo, pero Pablo no lo aceptó,
18,21 sino que se despidió con estas palabras: «De cualquier manera tengo que estar en Jerusalén para las próximas fiestas. Otra vez volveré a ustedes, si Dios quiere.» Y de Efeso se fue por mar.
18,22 [+]Desembarcó en Cesarea, subió a saludar a la Iglesia, y luego bajó a Antioquia.
18,23 Permaneció allí por algún tiempo, y luego se fue a recorrer unas tras otras las regiones de Galacia y Frigia, para fortalecer a los discípulos.
18,24 Llegó a Éfeso un judío muy buen orador, llamado Apolo, de la ciudad de Alejandría. Era muy entendido en las Escrituras.
18,25 Respecto del Camino del Señor, tenía algunos conocimientos y, con mucho entusiasmo, hablaba y enseñaba todo lo que sabía acerca de Jesús, aunque solamente conocía el bautismo de Juan.
18,26 Comenzó, pues, a hablar con mucha convicción en la sinagoga, y lo oyeron Aquila y Priscila. Lo llevaron entonces consigo y le dieron a conocer con mayor precisión el Camino.
18,27 [+]Como Apolo pensaba pasar por Acaya, los hermanos lo alentaron y escribieron a los discípulos que le dieran buena acogida. Una vez allí, fue de gran provecho, Dios mediante, para los que ya creían.
18,28 Pues nadie podía rebatirlo cuando contradecía públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús es el Mesías.

Pablo en Efeso

19,1 [+]Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo llegó a Éfeso, después de recorrer las regiones altas de la provincia. Allí encontró un grupo de discípulos
19,2 a los que preguntó: «¿Recibieron el Espíritu Santo cuando abrazaron la fe?» Ellos le contestaron: «Nosotros ni siquiera hemos oído que se pueda recibir el Espíritu Santo.

19,3 Pablo preguntó de nuevo: «Entonces, ¿qué bautismo recibieron?» Ellos respondieron: «El bautismo de Juan.»
19,4 Y dijo Pablo: «Juan dio un bautismo para el arrepentimiento, pero invitaba al pueblo a que creyeran en el que vendría después de él; y éste es Jesús.»
19,5 Lo escucharon, y fueron bautizados en el Nombre del Señor Jesús.
19,6 Y como Pablo les impusiera las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo: hablaron en lenguas y profetizaron.
19,7 Eran como doce hombres.
19,8 Pablo entró en la sinagoga, donde predicó con mucha seguridad por espacio de tres meses; y trataba de persuadirles que creyeran en el Reino de Dios.
19,9 Algunos en vez de creer se endurecían y criticaban públicamente el Camino. Pablo entonces se separó de ellos y formó grupo aparte con sus discípulos; diariamente les enseñaba en la Escuela de un tal Tirano, de las once hasta las dieciséis horas.
19,10 Así lo hizo durante dos años, de tal manera que todos los habitantes de Asia, tanto judíos como griegos, pudieron escuchar la Palabra del Señor.
19,11 +Dios obraba prodigios poco comunes por las manos de Pablo,
19,12 a tal punto que ponían a los enfermos pañuelos o ropas que él había usado, y sanaban de sus enfermedades; también se alejaban de ellos los espíritus malos.
19,13 Algunos judíos ambulantes que echaban los demonios, trataron de invocar el Nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos y decían: «Te mando salir en el Nombre de Jesús, a quien Pablo predica.»
19,14 Entre ellos estaban los hijos de un sacerdote judío llamado Escevá. Pero, un día que entraron y se atrevieron a hacerlo,
19,15 el espíritu malo les contestó: «Conozco a Jesús y sé quién es Pablo; pero ustedes, ¿quiénes son?»
19,16 Y el hombre que tenía el espíritu malo se lanzó sobre ellos, los sujetó a ambos y los maltrató de manera que tuvieron que huir desnudos y heridos.
19,17 La noticia llegó a todos los habitantes de Éfeso, tanto judíos como griegos. Todos quedaron muy impresionados y el Nombre del Señor Jesús se hizo más famoso con lo ocurrido.
19,18 Muchos de los que habían creído venían a confesar y revelar todo lo que habían hecho.
19,19 Y no pocos de los que habían practicado la magia, juntaron sus libros y los quemaron delante de todos. Calculado el precio de los libros, se estimó en cincuenta mil monedas de plata.
19,20 Así, pues, la fe de Dios manifestaba su poder, se extendía y se robustecía.

El motín de Efeso

19,21 +Al final de este período, Pablo decidió, por inspiración del Espíritu, ir a Jerusalén, visitando Macedonia y Acaya. Y decía; «Después de estar allí, partiré para Roma. »
19,22 Mandó a Macedonia a dos de sus auxiliares, Timoteo y Erasto, y él se quedó un tiempo más en Asia.
19,23 En esos días se produjo un gran tumulto a causa del Camino del Señor.
19,24 Un platero, llamado Demetrio, que fabricaba figuritas de plata del templo de Artemisa y que daba buenas ganancias a los artífices,
19,25 reunió a éstos y también a los obreros que vivían de artes parecidas, y les dijo: «Compañeros, ustedes saben que nuestra ganancia depende de esta industria
19,26 pero han visto, o han sabido, que no sólo en Efeso, sino en casi toda la provincia de Asia, ese Pablo ha hecho cambiar a mucha gente y los ha convencido de que no son dioses los fabricados por manos del hombre.
19,27 No son solamente nuestros intereses los que salen perjudicados, sino que también el templo de la grandiosa Artemisa corre peligro de ser desprestigiado. Y se acabará la fama de aquella a quien toda el Asia y el mundo entero adoran.»
19,28 Este discurso despertó el furor de los oyentes y empezaron a gritar: «¡Grande es la Artemisa de los Efesios!»
19,29 La ciudad estuvo sumida en la mayor confusión y todos se precipitaron al teatro, arrastrando a Gayo y a Aristarco, macedonios, compañeros de viaje de Pablo.
19,30 Pablo quería enfrentar la muchedumbre, pero los discípulos no lo dejaron.
19,31 Incluso, algunos consejeros de la provincia de Asia que eran amigos suyos, le mandaron a rogar que no se arriesgara yendo al teatro.

19,32 Unos gritaban una cosa y otros otra. Había gran confusión en la asamblea y la mayoría no sabía por qué se habían reunido.
19,33 Entonces hicieron salir de entre la gente a un tal Alejandro, a quien los judíos llevaban adelante. Alejandro quería justificarlos ante el pueblo y pidió silencio con la mano.
19,34 Pero, cuando supieron que era judío, todos juntos se pusieron a gritar durante casi dos horas: «¡Grande es la Artemisa de los Efesios! »
19,35 Por fin, el secretario de la ciudad logró calmar a la multitud, y dijo: «Efesios, ¿quién niega que la ciudad de Éfeso sea la tierra de la gran Artemisa y su estatua caída del cielo?
19,36 Siendo esto indiscutible, conviene que se calmen y no hagan nada precipitadamente.
19,37 Han traído acá a estos hombres que no han cometido sacrilegio ni han insultado a nuestra diosa.
19,38 Si Demetrio y los artífices que lo acompañan tienen quejas contra alguno, para esto se celebran las audiencias y están los magistrados. Que presenten ahí sus mutuas acusaciones.
19,39 Y si tienen algún otro asunto, se resolverá en la Asamblea legal.
19,40 En realidad, podrían acusamos de rebelión por lo que pasó hoy, no teniendo motivo alguno para justificar este tumulto.»
19,41 Dicho esto, disolvió la asamblea.

Pablo vuelve a Macedonia

20,1 +Cuando se calmó el tumulto, Pablo mandó llamar a los discípulos para darles ánimo. Después se despidió de ellos y se fue a Macedonia.
20,2 Recorrió aquellas regiones, multiplicando sus predicaciones para confortar a los discípulos, y se fue a Grecia.
20,3 Allí, después de tres meses, pretendió volver a Siria por barco. Pero el Espíritu le dio aviso de que los judíos tramaban algo contra él y decidió regresar por Macedonia.
20,4 Cuando estaba para marcharse de Asia, se fueron también con él Sópratos, hijo de Pirro, de la ciudad de Berea; Aristarco y Segundo, de Tesalónica; Gayo, de Derbe, y Timoteo; Tíquico y Tráfimo, de Asia.
20,5 Estos se adelantaron y nos esperaron en Tróade.
20,6 Nosotros, después de los días de la fiesta de los Panes Ázimos, nos embarcamos en Filipos y, al cabo de cinco días, nos unimos a ellos en Tróade, donde nos detuvimos siete días.

La Pisa de Tróade

20,7 +El primer día de la semana, estábamos reunidos para la fracción del pan, y Pablo, que pensaba irse al día siguiente, conversaba con ellos. La charla se alargó hasta la medianoche,
20,8 con muchas lámparas encendidas en la pieza del piso alto donde estábamos reunidos.
20,9 Un joven llamado Eutico estaba sentado en la ventana, y, a medida que Pablo alargaba su charla, un profundo sueño lo iba dominando hasta que, vencido por el sueño, se cayó del tercer piso y lo recogieron muerto.
20,10 Bajó Pablo, se inclinó sobre él, lo tomó en sus brazos y dijo: «No se preocupen, porque ha vuelto a la vida.»
20,11 Subió de nuevo, partió el pan y comió. Después siguió conversando con ellos hasta el amanecer y se fue.
20,12 En cuanto al joven, lo trajeron vivo, lo que fue para todos un gran consuelo.
20,13 Nosotros fuimos a tomar, el barco, y a la vela partimos hacia Asso, donde debíamos juntarnos con Pablo, que hacía el viaje por tierra, como lo había dispuesto.
20,14 Efectivamente, nos juntamos en Asso y, tomándolo con nosotros, llegamos a Mitilene.
20,15 Zarpamos de allí y, al día siguiente, navegamos frente a Quíos; al otro día dimos vista a Samos y al tercero, después de hacer escala en Trogilión, llegamos a Mileto.

Pablo se despide de los presbíteros de Éfeso

20,16 Pablo había decidido no hacer escala en Éfeso para no perder tiempo en Asia, porque quería estar en Jerusalén, en lo posible, el día de Pentecostés, y,
20,17 desde Mileto, mandó llamar a Éfeso a los presbíteros de la Iglesia.

20,18 Cuando llegaron, les dijo:
+«Ustedes saben cómo me he portado siempre con ustedes desde el primer día que llegué a Asia,
20,19 sirviendo al Señor con toda humildad, entre las lágrimas y, pruebas que me han causado los judíos.
20,20 Saben que nunca me acobardé cuando algo podía ser útil para ustedes. Les predicaba y enseñaba en público y en las casas;
20,21 he proclamado para los judíos tanto como para los griegos la conversión a Dios y la fe por Jesús nuestro Señor.
20,22 Ahora voy a Jerusalén, atado por el Espíritu, sin saber lo que me sucederá allá.
20,23 Solamente que en cada ciudad el Espíritu Santo me da a conocer que me esperan prisiones y tribulaciones.
20,24 Pero de ninguna manera me preocupo por mi vida, con tal de terminar mi carrera y cumplir el ministerio que he recibido del Señor Jesús, de anunciar el Evangelio de la gracia de Dios
20,25 Y ahora, yo sé que no me volverán a ver ustedes, entre quienes pasé predicando el Reino.
20,26 Por eso, hoy les puedo declarar que no me siento culpable de nada respecto de ninguno,
20,27 puesto que nunca dejé de anunciarles plenamente la voluntad de Dios.
20,28 Cuídense ustedes y todo el rebaño, a cuya cabeza los ha puesto el Espíritu Santo como obispos para apacentar la Iglesia del Señor, que él adquirió con su propia sangre.
20,29 Yo sé que después de mi partida, se meterán entre ustedes lobos voraces que no perdonarán al rebaño;
20,30 y de entre ustedes mismos surgirán hombres que enseñarán doctrinas perversas y arrastrarán a los discípulos tras sí.
20,31 por tanto, estén atentos y acuérdense que durante tres años, noche y día, no he dejado de aconsejar, incluso entre lágrimas, a cada uno de ustedes.
20,32 Ahora los encomiendo a Dios y a la Palabra portadora de su gracia, la cual tiene eficacia para darles crecimiento y conseguirles la herencia que compartirán con todos los santos.
20,33 Yo de nadie codicié plata, oro ni ropa.
20,34 Ustedes saben que trabajé con mis propias manos para conseguir lo necesario para mí y para mis compañeros.
20,35 En todo les he enseñado que es así como se debe trabajar, a fin de tener también para ayudar a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús, que dijo: «Hay mayor felicidad en dar que en recibir.»
20,36 Dicho esto, Pablo se arrodilló con todos ellos y oró.
20,37 Todos lloraban y se echaban a su cuello para besarlo
20,38 entristecidos sobre todo porque les había dicho que no lo volverían a ver. Y lo acompañaron hasta el barco.

La vuelta a Jerusalén

21,1 Al fin nos separamos de ellos y nuevamente nos hicimos a la vela. Navegamos directamente hasta legar a Cos; al día siguiente a Rodas y de allí a Pátara y Mira.
21,2 Allá encontramos un barco que partía para Fenicia, nos embarcamos y partimos.
21,3 Divisamos la isla de Chipre y, dejándola a la izquierda, íbamos navegando rumbo a Siria. Atracamos en Tiro; porque el barco debía dejar su carga en ese puerto.
21,4 Allí encontramos a los discípulos y nos quedamos siete días. Impulsados por el Espíritu, ellos aconsejaban a Pablo que no subiera a Jerusalén.
21,5 +Eso no obstante, pasados aquellos días, salimos siguiendo nuestra ruta. Todas nos acompañaron con mujeres y niños hasta fuera de la ciudad. En la playa nos arrodillamos y oramos;
21,6 luego nos despedirnos y subimos a la nave, mientras ellos volvían a sus casas.
21,7 De Tiro fuimos a Tolemaida, terminando así la travesía. Saludamos a los hermanos y nos quedamos un día con ellos.
21,8 Al día siguiente nos dirigimos a Cesarea. Entramos en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, y allí nos hospedamos.
21,9 Sus cuatro hijas, que se habían quedado vírgenes, profetizaban.
21,10 Llevábamos allí bastantes días cuando un profeta de nombre Agabo, llegado de Judea,

21,11 vino a vemos. Tomó el cinturón de Pablo, se amarró pies y manos y dijo: «Esto dice el Espíritu Santo: Así amarrarán los judíos al dueño de este cinturón. Y lo entregarán en manos de los extranjeros.»
21,12 Al oír esto nosotros y los de este lugar, rogamos a Pablo que no subiera a Jerusalén.
21,13 Entonces Pablo contestó: «¿Por qué me destrozan el corazón con sus lágrimas? Yo estoy dispuesto por el Nombre del Señor Jesús, no sólo a ser encadenado, sino a morir en Jerusalén.»
21,14 Como no logramos convencerlo, dejamos de insistir y exclamamos: «Hágase la voluntad del Señor.»
21,15 +Después de esos días, acabados los preparativos del viaje, subimos a Jerusalén.
21,16 Nos acompañaron algunos discípulos de Cesarea, y nos llevaron a casa de un chipriota llamado Mnasón, discípulo de los primeros tiempos: allí nos hospedamos.

Pablo es recibido por la Iglesia de Jerusalén

21,17 Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con mucha alegría.
21,18 Al día siguiente acompañamos a Pablo a casa de Santiago, donde estaban reunidos todos los presbíteros.
21,19 Pablo los saludó y les fue contando una por una todas las cosas que por su intermedio Dios había realizado entre los paganos.
21,20 Al oírlo dieron gloria a Dios. Pero le dijeron: «Como sabes, son decenas de millares los judíos que abrazaron la fe, y todos siguen muy apegados a la Ley.
21,21 Han oído decir que tu enseñanza lleva a los judíos del mundo pagano a que se aparten de Moisés y no circunciden a sus hijos ni vivan ya según las tradiciones. Entonces, ¿qué hacer?
21,22 Es necesario convocar la asamblea, pues, de todas maneras, van a saber que tú has venido.
21,23 Haz, pues, lo que te vamos a decir:
Entre nosotros hay cuatro hombres que tienen un voto que cumplir.
21,24 Tómalos contigo y purifícate con ellos; paga por ellos el sacrificio que les permita cortarse el pelo; así todos conocerán que es falso lo que han oído decir de ti, y que, por el contrario, tú también cumples la Ley.
21,25 En cuanto a los de entre los paganos que han creído, ya les escribimos para indicarles que no están sujetos a todas estas observancias, sino que solamente cuiden de no comer lo sacrificado a los ídolos, ni la sangre, ni animales sin sangrar, y que se abstengan de relaciones sexuales prohibidas.»
21,26 Así, pues, al día siguiente; Pablo tomó consigo a aquellos hombres, se purificó con ellos y entró en el Templo para indicar qué día ofrecerían por cada uno el sacrificio que debía concluir su tiempo de purificación.

Pablo, arrestado en el Templo

21,27 +Cuando estaban por cumplirse los siete días, los judíos de Asia reconocieron a Pablo en el Templo y alborotaron al pueblo.
Se apoderaron de él,
21,28 gritando: «Israelitas, ayúdennos. Este es el hombre que en todas partes predica a todos contra el pueblo, contra la Ley y contra este lugar. Incluso ha introducido a unos griegos en el Templo, profanando este Lugar Santo.»
21,29 Decían esto último porque poco antes habían visto a Pablo en la ciudad con Trófimo, de Éfeso, y pensaron que Pablo lo había introducido en el Templo.
21,30 La ciudad entera se alborotó, la gente concurrió en masa y, tomando a Pablo, lo arrastraron fuera del Templo, cerrando inmediatamente las puertas.
21,31 Mientras trataban de matarlo, llegó al comandante del batallón la noticia de que toda Jerusalén estaba alborotada.
21,32 En seguida tomó consigo soldados y capitanes y bajaron corriendo hacia la multitud; ellos, al ver al comandante con sus soldados, dejaron de golpear a Pablo.
21,33 El comandante se acercó, hizo arrestar a Pablo y ordenó que lo amarraran con dos cadenas; luego preguntó quién era y qué había hecho.
21,34 Pero todos gritaban al mismo tiempo y el comandante vio que no sacaría nada cierto en un tumulto así. Mandó, pues, que llevaran a Pablo a la fortaleza.

21,35 Cuando llegó a las escalinatas, tuvo que ser llevado a hombros por los soldados a causa de la violencia de la gente,
21,36 pues lo seguían en masa gritando: «¡Mátalo!»
21,37 Cuando ya lo iban a entrar en la fortaleza, Pablo dijo al comandante: «¿Puedo decirte una palabra?» Él contestó: «¿Sabes hablar griego?
21,38 ¿No eres tú el egipcio que últimamente incitó a la rebeldía y llevó al desierto a cuatro mil terroristas?»
21,39 Pablo respondió: «Yo soy judío de Tarso, la célebre ciudad de Cilicia. Permíteme, por favor, hablar al pueblo.»
21,40 El comandante aceptó. Entonces Pablo, de pie en la escalinata, hizo señal con la mano y, en medio de un gran silencio, pronunció en hebreo el siguiente discurso:

Pablo se dirije a los judíos

22,1 +«Hermanos y padres, escuchen la defensa que les voy a presentar.»
22,2 Cuando oyeron que les hablaba en hebreo, el silencio fue más profundo.
22,3 Pablo prosiguió: «Soy judío nacido en Tarso de Cilicia. Sin embargo, fui educado en esta ciudad y formado en la escuela de Gamaliel en la exacta observancia de la Ley de nuestros padres. Estaba muy entregado al servicio de Dios, como lo están ustedes ahora.
22,4 Yo mismo perseguí a muerte este Camino e hice encadenar y llevar a la cárcel a sus adeptos, hombres y mujeres.
22,5 De esto son testigos el Sumo Sacerdote y el Consejo de los Ancianos. Un día me dieron cartas para los hermanos de Damasco y yo salí para detener a los cristianos que allí había y traerlos encadenados a Jerusalén para que fueran castigados. Y me dirigí a esa ciudad.
22,6 Iba de camino y ya estaba cerca de Damasco cuando, de repente, a eso del mediodía, una gran luz que venía del cielo me envolvió con su resplandor.
22,7 Caí al suelo y oí una voz que me decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»
22,8 Yo respondí: «¿Quién eres Señor?» Él dijo: «Soy Jesús, el Nazareno, a quien tú persigues.»
22,9 Los que me acompañaban vieron la luz y se atemorizaron, pero no oyeron la voz del que me hablaba.
22,10 Yo dije: «Señor: ¿qué debo hacer?» El Señor me respondió: «Levántate y sigue tu camino a Damasco; allí te dirán lo que debes hacer.»
22,11 Como me había cegado el resplandor de aquella luz, llegué a Damasco llevado de la mano de mis compañeros.
22,12 Allá me fue a visitar un tal Ananías. Era un hombre piadoso según la Ley, estimado por todos los judíos que vivían allí.
22,13 Me dijo: «Saulo, hermano mío, recobra la vista», y yo en ese mismo momento pude verlo.
22,14 Entonces agregó él: «El Dios de nuestros padres te eligió para que conocieras su voluntad y vieras al Justo y oyeras su propia voz.
22,15 En adelante tú serás su testigo ante todos los hombres, para decirles cuanto has visto y oído.
22,16 Y ahora, ¿qué esperas? Levántate, bautízate y lávate de tus pecados invocando su Nombre.»
22,17 Cuando volví a Jerusalén y mientras oraba en el Templo, tuve un éxtasis,
22,18 y vi al Señor que me decía: «Apresúrate y sal pronto de Jerusalén, pues no escucharán el testimonio que les des de mí.»
22,19 Yo respondí: «Señor, ellos saben que yo andaba por las sinagogas, metiendo en la cárcel y azotando a los que creían en ti;
22,20 y cuando se derramó la sangre de tu testigo Esteban, yo me encontraba allí y estaba de acuerdo en que lo mataran e incluso guardaba las ropas de los que le daban muerte.»
22,21 Pero el Señor me dijo: «Márchate, que te mandaré lejos de aquí, a las naciones paganas.»
22,22 Hasta aquí lo habían escuchado, pero luego de estas palabras, se pusieron a gritar: «¡Muera ese infame! ¡No es digno de vivir!».
22,23 Y gritaban, rasgaban sus vestidos y tiraban tierra al aire.
22,24 Entonces el comandante ordenó que lo metieran en la fortaleza y lo azotaran para averiguar por qué gritaban así contra él.
22,25 Cuando ya lo tenían sujeto para azotarlo, Pablo preguntó al capitán que estaba allí: «¿Les será permitido azotar a un ciudadano romano antes de haberlo juzgado?»

22,26 Al oír esto, el capitán fue donde el comandante y le dijo: «¡Qué ibas a hacer! Este hombre es ciudadano romano.»
22,27 El comandante se acercó a él y le preguntó: «Dime, ¿eres romano?» «Sí», respondió.
22,28 El comandante le dijo entonces: «A mí me costó mucho dinero hacerme ciudadano romano.» Pablo contestó: «Yo lo soy por nacimiento.»
22,29 Al momento los que iban a azotarlo se alejaron de él y el mismo comandante tuvo miedo de haber hecho encadenar a un ciudadano romano.

Pablo comparece ante el Consejo Judío

22,30 Al día siguiente, como quería saber de qué acusaban los judíos a Pablo, lo soltó y mandó que se reunieran los jefes de los sacerdotes y todo el Consejo que llaman Sanedrín; hizo bajar a Pablo y se lo presentó.
23,1 Pablo miró fijamente al Sanedrín y dijo: «Hermanos, hasta el día de hoy he actuado rectamente ante Dios.»
23,2 Pero Ananías, Sumo Sacerdote, mandó a sus asistentes que le pegaran en la boca.
23,3 Entonces Pablo le dijo: «¡A ti te golpeará Dios, pared blanqueada! Si estás aquí sentado para juzgarme según la Ley, ¿por qué mandas golpearme, atropellando la Ley?»
23,4 Los que estaban a su lado le dijeron: «¿Insultas al sumo sacerdote de Dios?»
23,5 Pablo contestó: «No sabía que era el Sumo Sacerdote; pues está escrito: *No insultarás al jefe de tu pueblo*.»
23,6 Pablo sabía que una parte eran saduceos, y la otra, fariseos; exclamó, pues, en medio del Sanedrín: «Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos; me juzgan por esperar la resurrección de los muertos.»
23,7 Estas palabras originaron una gran discusión entre los fariseos y los saduceos, y la asamblea se dividió.
23,8 Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; en cambio, los fariseos admiten todo eso.
23,9 Todos gritaban y algunos maestros de la Ley que eran del partido de los fariseos protestaron diciendo: «No hallamos nada malo en él. ¿Cómo saben si le habló un espíritu o un ángel?»
23,10 Como el alboroto aumentaba, el comandante tuvo miedo que despedazaran a Pablo; y mandó que hicieran bajar la tropa para sacar a Pablo de en medio de ellos y lo llevaran de nuevo a la fortaleza.
23,11 A la noche siguiente se le apareció el Señor y le dijo: «¡Animo!, así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, así debes darlo en Roma.»

Quieren asesinar a Pablo

23,12 Al amanecer se reunieron algunos judíos y se comprometieron con juramento a no comer ni beber hasta darle muerte.
23,13 Los comprometidos en este juramento eran más de cuarenta.
23,14 Se presentaron, pues, a los Jefes de los sacerdotes y a los Ancianos y les dijeron: «Nos comprometimos bajo juramento a no probar nada antes de haber dado muerte a Pablo.
23,15 Ahora ustedes, de acuerdo con el Sanedrín, convenzan al jefe del batallón que lo haga bajar donde ustedes como para examinar más a fondo su caso; nosotros estamos listos para matarlo antes que llegue.»
23,16 Pero el hijo de la hermana de Pablo supo de esta emboscada y fue a la fortaleza para contárselo.
23,17 Entonces Pablo llamó a un capitán y le dijo: «Conduce a este muchacho donde el comandante porque tiene algo que contarle.»
23,18 Él lo acompañó y lo presentó al comandante, diciéndole: «El preso Pablo me pidió que te trajera este muchacho, pues tiene algo que decirte.»
23,19 El comandante lo tomó de la mano, se retiró aparte y le preguntó: «¿Qué tienes que contarme?»
23,20 El joven respondió: «Los judíos se pusieron de acuerdo para pedirte que mañana lleves a Pablo al Sanedrín con el pretexto de investigar más a fondo su caso.
23,21 Pero tú no lo creas, porque más de cuarenta de esos hombres se comprometieron bajo juramento a no comer ni beber hasta haberle dado muerte; y ahora están preparados esperando tu decisión.»
23,22 El jefe despidió al joven y le recomendó que a nadie dijera lo que le había contado.

23,23 Después llamó a dos capitanes y les dijo: «Preparen para las nueve de la noche doscientos soldados para ir a Cesarea, y con ellos sesenta de a caballo y doscientos lanceros.
23,24 Preparen también cabalgaduras para llevar a Pablo, y entréguenlo sano y salvo al gobernador Félix.»
23,25 Y escribió la siguiente carta:
23,26 «Claudio Lisias saluda al excelentísimo gobernador Félix y le comunica lo siguiente:
23,27 Los judíos habían detenido a este hombre y estaban a punto de matarlo, cuando intervine con la tropa y lo saqué de sus manos, porque supe que era romano.
23,28 Como quería saber de qué lo acusaban, lo presenté ante el Sanedrín
23,29 y descubrí que la acusación se refería a asuntos de su Ley, pero que no había ningún cargo que mereciera la muerte o la prisión.
23,30 Después me enteré de que los judíos preparaban una conspiración contra este hombre, por lo que decidí mandártelo, y dije a sus acusadores que presentaran sus quejas ante ti. Adiós.»
23,31 Los soldados, conforme a estas instrucciones, tomaron a Pablo y lo llevaron de noche a Antípatris;
23,32 al día siguiente regresaron a la fortaleza y los de caballería siguieron viaje con él.
23,33 Estos, entrando en Cesarea, entregaron la carta al gobernador y le presentaron a Pablo.
23,34 Cuando Félix leyó la carta, preguntó a Pablo de dónde era, y al saber que era de Cllicia,
23,35 le dijo: «Te oiré cuando lleguen tus acusadores.» Y mandó que lo custodiaran en el palacio de Herodes.

Pablo ante el gobernador Félix

24,1 Cinco días después, Ananías, el Sumo Sacerdote, bajó a Cesarea con algunos Ancianos y un abogado llamado Tértulo. Y presentaron demanda contra Pablo ante el gobernador.
24,2 Llamaron a Pablo, y Tértulo lo acusó en estos términos: «Excelentísimo Félix, gracias a ti, tus afanes y tus sabias reformas, nuestro pueblo goza de una gran paz.
24,3 Todo esto lo reconocemos de mil maneras y en cualquier lugar, y te estamos plenamente agradecidos.
24,4 Para no molestarte más, te ruego nos escuches un momento con tu acostumbrada bondad.
24,5 Nos consta que ese hombre es una peste, que crea divisiones entre los judíos de todo el mundo y que es un dirigente de la secta de los nazarenos.
24,6 Incluso intentaba profanar el Templo cuando lo tomamos preso. Queríamos juzgarlo según nuestra Ley,
24,7 pero el comandante Lisias intervino en forma muy violenta y nos obligó a soltarlo.
24,8 Luego declaró que sus acusadores deberían presentarse ante ti.»
24,9 Los judíos lo apoyaron, afirmando que las cosas eran así.
24,10 Entonces el gobernador dio la palabra a Pablo, que dijo:
«Como sé que desde hace muchos años administras esta nación, hablaré con toda confianza en mi defensa.
24,11 Tú mismo puedes comprobar que no hace más de doce días subí a Jerusalén para adorar
24,12 y que ni en el Templo, ni en las sinagogas, ni en la ciudad me encontraron discutiendo con alguien o alborotando a la gente.
24,13 Así que no pueden probarlas cosas de que ahora me acusan.
24,14 Sin embargo, te confieso que sirvo al Dios de nuestros padres según un camino que ellos llaman secta. Creo todo cuanto está escrito en la Ley y en los Profetas y tengo la misma esperanza en Dios que tienen ellos, de que habrá una resurrección de los muertos, bien sean justos o pecadores.
24,16 Por esto, también yo me esfuerzo por tener siempre limpia la conciencia ante Dios y ante los hombres.
24,17 Después de muchos años, vine a traer ayuda a los de mi nación y a ofrecer sacrificios.
24,18 En esa ocasión, me encontraron en el Templo; estaba purificado según la Ley y no había ni amontonamiento ni tumulto.
24,19 Pero son algunos judíos de Asia los que hoy deberían estar aquí para acusarme, si es que tienen algo contra mí.
24,20 O si no, que digan estos mismos qué crimen hallaron en mí cuando me presenté ante el Sanedrín,
24,21 a no ser esta frase que pronuncié en alta voz en medio de ellos: "Hoy ustedes me juzgan a causa de la resurrección de los muertos".»

24,22 Félix, que estaba bien informado del Camino, postergó el asunto y les dijo que cuando bajara el comandante Lisias, lo examinaría afondo.
24,23 Ordenó al capitán que vigilara a Pablo, pero que le diera cierta libertad y no impidiera a los suyos que lo atendieran.
24,24 Algunos días después vino Félix con su esposa Drusila, que era judía; mandó llamar a Pablo y lo dejó hablar de la fe en Cristo.
24,25 Pero cuando Pablo habló de la justicia, del dominio de los instintos y del juicio futuro, Félix se asustó y le dijo: «Por ahora puedes irte; en otra oportunidad te llamaré.»
24,26 Félix, sin embargo, esperaba que Pablo le diera dinero; por eso lo llamaba á menudo y conversaba con él.
24,27 Pasados dos años, Félix tuvo por sucesor a Porcio Festo; y, como Félix quería quedar bien con los judíos, dejó a Pablo preso.

Pablo ante el gobernador Festo

25,1 Tres días después de su llegada a la provincia, Festo subió de Cesarea a Jerusalén.
25,2 Allí los jefes de los sacerdotes y las autoridades de los judíos volvieron a acusar a Pablo.
25,3 En forma muy hipócrita pidieron como un favor a Festo que lo trajera a Jerusalén; mientras tanto ellos planeaban matarlo en el camino.
25,4 Pero Festo les respondió que Pablo estaba preso en Cesarea, donde él mismo tenía que ir pronto, y agregó:
25,5 «Los que tienen más autoridad de entre ustedes bajen conmigo a Cesarea y, si este hombre ha cometido alguna irregularidad, que lo acusen.»
25,6 Festo no permaneció en Jerusalén más de ocho o diez días; y luego bajó a Cesarea.
Al otro día se sentó en el Tribunal y mandó llamar a Pablo.
25,7 Cuando éste se presentó, los judíos que habían venido de Jerusalén lo rodearon y presentaron muchas graves acusaciones, pero que no podían comprobar.
25,8 Pablo se defendía de todas, diciendo: «No he cometido ningún delito contra la Ley de los judíos, ni contra: el Templo, ni contra el César.»
25,9 Entonces Festo, que quería ganarse la amistad de los judíos, preguntó a Pablo: «¿Quieres subir a Jerusalén y que, allí, te juzguen en mi presencia?»
25,10 Pablo contestó: «Estoy ante el tribunal del César, aquí debo ser juzgado. No he perjudicado en nada a los judíos: tú mismo lo sabes muy bien.
25,11 Si he cometido algún delito que merezca la muerte, acepto morir. Pero si no he hecho nada de lo que me acusan, nadie tiene el derecho de entregarme a ellos. Apelo al César.»
25,12 Entonces Festo, después de hablar con su Consejo, le respondió: «Has apelado al César, al César irás.»
25,13 Habían transcurrido algunos días cuando llegaron a Cesarea el rey Agripa y su hermana Berenice, para saludar a Festo.
25,14 Como permanecieron allí algún tiempo, Festo expuso al rey el asunto de Pablo y le dijo:
«Tenemos aquí un hombre al que Félix dejó preso.
25,15 Cuando estuve en Jerusalén, los Jefes de los sacerdotes y los Ancianos de los judíos presentaron quejas contra él y me pidieron condenarlo.
25,16 Yo les contesté que los romanos no suelen entregar a un hombre sin que haya tenido la oportunidad de defenderse de los cargos en presencia de sus acusadores.
25,17 Ellos vinieron conmigo y, sin demora, me senté al día siguiente en el tribunal y mandé llamar a aquel hombre.
25,18 Se presentaron los acusadores, pero no lo demandaron por ninguno de los delitos que yo sospechaba;
25,19 sólo tenían contra él asuntos referentes a su religión y a un cierto Jesús, ya muerto, de quien Pablo afirma que vive.
25,20 Como yo no sabía qué hacer en este asunto, le pregunté si quería ir a Jerusalén para que allí lo juzgaran.
25,21 Pero Pablo apeló y pidió que su caso lo juzgara el emperador. Entonces ordené que lo mantuvieran preso hasta mandarlo al César:
25,22 Agripa dijo a Festo: «Me gustaría oír a ese hombre.» Festo le contestó: «Mañana lo oirás.»

25,23 Al día siguiente, llegaron Agripa y Berenice con gran pompa y entraron en la sala de audiencia, junto con los comandantes y las autoridades de la ciudad. Festo ordenó que trajeran a Pablo
25,24 y dijo:
«Rey Agripa y todos los aquí presentes, aquí ven a este hombre por quien toda la comunidad de los judíos vino a verme, tanto en Jerusalén como aquí, pidiéndome a gritos que no lo dejara con vida.
25,25 Yo, por mi parte, me convencí de que no ha hecho nada que merezca la muerte; pero, después que él mismo pidió ser juzgado por el emperador, decidí mandárselo.
25,26 Ahora bien, si no tengo datos seguros ¿qué escribiré al César a su respecto? Por eso lo presento ante ustedes, y especialmente ante ti, rey Agripa, para que lo interroguen y yo sepa qué escribir.
25,27 Porque me parece absurdo mandar un preso sin indicar las acusaciones en su contra.»

Pablo se defiende ante el rey Agripa

26,1 [+]Agripa dijo a Pablo: «Puedes presentar tu defensa.» Entonces Pablo extendió su mano y empezó de esta forma:
26,2 «Rey Agripa, frente a todas esas acusaciones de los judíos, me siento feliz de poder justificarme hoy ante ti,
26,3 sabiendo que tú conoces perfectamente sus costumbres y sus inquietudes. Por eso te ruego que me escuches con paciencia.
26,4 Todos los judíos saben lo que ha sido mi vida desde los años de mi juventud, cómo viví en medio de mi pueblo en la misma Jerusalén.
26,5 Ellos mismos te dirán, si quieren, ya que me conocen desde siempre, que he vivido como fariseo conforme a la secta más rigurosa de nuestra religión
26,6 y, si ahora estoy aquí para ser juzgado, es por la esperanza que tengo en la promesa hecha por Dios a nuestros padres.
26,7 Promesa que nuestras doce tribus esperan alcanzar, con el ferviente culto que rinden a Dios, noche y día. Por esta esperanza, oh rey, me acusan los judíos.
26,8 Pero ¿cómo son ustedes los que se niegan a creer que Dios resucite a los muertos?
26,9 Yo mismo al comienzo consideré como mi deber usar todos los medios para contrarrestar el Nombre de Jesús Nazareno.
26,10 Así lo hice en Jerusalén, y, con autorización de los jefes de los sacerdotes, hice encarcelar a muchos que creían y di mi voto cuando los condenaban a muerte.
26,11 Yo recorría las sinagogas y multiplicaba los castigos para obligarlos a renegar de su fe, y tal era mi furor contra ellos, que los perseguía hasta en ciudades extranjeras.
26,12 Con este propósito, iba a Damasco con plenos poderes y con una comisión de los jefes de los sacerdotes.
26,13 En el camino, oh rey, como al mediodía, vi una luz que venía del cielo, más resplandeciente que el sol, que me envolvió a mí y a los que me acompañaban.
26,14 Todos caímos al suelo y yo oí una voz que me decía en hebreo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? En vano te rebelas contra el aguijón.»
26,15 Yo respondí: «¿Quién eres, Señor?» Y el Señor dijo: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues.
26,16 Ahora levántate y fíjate bien: Me he manifestado a ti para hacerte servidor y testigo de lo que has visto de mí y de lo que te mostraré más adelante.
26,17 Yo te liberaré de todo mal, bien venga de tu pueblo o de los paganos hacia quienes te mando.
26,18 Tú les abrirás los ojos, a fin de que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios; y, por la fe en mí, alcanzarán el perdón de los pecados y la herencia de los santos.»
26,19 Desde ese momento, rey Agripa, no me he rebelado contra esta visión del cielo;
26,20 muy por el contrario, me dirigí primero a los habitantes de Damasco, luego a los de Jerusalén y de Judea y en seguida a las naciones paganas. Les enseñé que debían arrepentirse y convertirse a Dios, con las debidas consecuencias de una verdadera conversión.
26,21 Por este motivo los judíos me detuvieron en el Templo y trataron de matarme.
26,22 Pero, con la ayuda de Dios, todavía estoy en pie para dar mi testimonio a grandes y pequeños.
No enseño nada fuera de lo que Moisés y los Profetas anunciaron de antemano:
26,23 Que el Mesías moriría y que, después de resucitar él primero de entre los muertos, anunciaría la luz tanto a su pueblo como a las demás naciones.»

26,24 Al llegar Pablo a este punto de su defensa, Festo dijo en altavoz: «Pablo, tú estás loco; tu mucha cultura te ha trastornado.»
26,25 Pero Pablo contestó:. «No estoy loco, excelentísimo Festo, y todo lo que dije es serio y verídico.
26,26 El rey está enterado de todas estas cosas, por lo que le hablo con tanta confianza. Estoy convencido que no ignora nada de este asunto, porque no son cosas ocurridas en el último rincón.
26,27 Rey Agripa, ¿crees tú en los Profetas? Yo sé que crees.»
26,28 Agripa le contestó: « ¡Un poco más y me convences de que ya me has hecho cristiano!»
26,29 Pablo le respondió: «Quiera Dios que por poco o por mucho, no sólo tú, sino que todos los que hoy me escuchan, llegaran a ser como yo, a excepción de estas cadenas.
26,30 En ese momento el rey se levantó, y con él el gobernador, Berenice y todos los asistentes.
26,31 Mientras se retiraban, conversaban entre sí y decían: «Este hombre no hace nada que merezca la muerte o la cárcel.»
26,32 Incluso Agripa dijo a Festo: «Si no hubiese apelado al César, podía haber sido puesto en libertad.

De viaje para Roma

27,1 [+]Cuando se decidió que nos embarcáramos rumbo a Italia, entregaron a Pablo y a otros presos al cuidado de un capitán del batallón Augusto, llamado Julio.
27,2 Subimos a un barco de Adramitio, con destino a las costas de Asia, y partimos acompañados de Aristarco, macedonio de la ciudad de Tesalónica.
27,3 Al otro día llegamos a Sidón. Julio fue muy humano con Pablo y le permitió visitar a sus amigos y ser atendido por ellos.
27,4 De allí navegamos al abrigo de las costas de Chipre, porque los vientos eran contrarios,
27,5 y atravesamos los mares de Cilicia y Panfilia, llegando a Mira de Licia.
27,6 Allí el capitán encontró un barco de Alejandría que iba a Italia y nos hizo subir a bordo.
27,7 Durante varios días navegamos lentamente, y a duras penas llegamos frente a Cnido. Como el viento no nos permitía entrar en ese puerto, navegamos al abrigo de Creta, dando vista al cabo Salmona.
27,8 Lo doblamos con dificultad y llegamos a un lugar llamado Puertos Buenos, cerca de la ciudad de Lasea.
27,9 El tiempo pasaba y ya se había celebrado la fiesta del ayuno, así que la navegación empezaba a ser peligrosa.
27,10 Entonces Pablo les dijo: «Amigos, yo creo que sería muy temerario proseguir la travesía, y podríamos perder no sólo la carga y la nave, sino también nuestras vidas.»
27,11 Pero el capitán confiaba más en el piloto y en el patrón del barco que en las razones de Pablo.
27,12 Además, el puerto era poco apropiado para pasar el invierno, y la mayoría acordó salir de allí por, si era posible, llegar a un puerto de Creta llamado Fénice, que mira a Africa y a Coro, donde pasaríamos el invierno.

Tempestad y naufragio

27,13 Entonces comenzó a soplar una brisa del sur y pensaron que lograrían su objetivo; izaron él ancla y costearon la isla de Creta.
27,14 Pero, poco después, se desencadenó un viento terrible, que llaman euroaquilón, que venía de la isla. 27,15 El barco fue arrastrado y no pudo remontarse en el viento, de manera que nos quedamos a la deriva.
27,16 Mientras pasábamos al abrigo de una pequeña isla llamada Cauda, logramos con mucho esfuerzo recoger el bote salvavidas.
27,17 Una vez subido a bordo, se usaron cables para asegurar el casco ciñéndolo por debajo y, como temíamos encallar en las arenas de Sirte, soltamos el ancla flotante. Así seguimos arrastrados.
27,18 El temporal nos azotaba fuertemente y al otro día tuvieron que tirar parte del cargamento.
27,19 Al tercer día los marineros, con sus propias manos, echaron abajo el aparejo del barco.
27,20 Hacía vanos días que no aparecía ni el sol ni las estrellas, y la tempestad que teníamos encima no amainaba: ya íbamos perdiendo toda esperanza.
28,21 Como hacía días que no comíamos, Pablo se puso en medio y les dijo: «Amigos, hubiera sido mejor seguir mi consejo cuando les dije que no saliéramos de Creta; nos habríamos evitado este peligro y esta pérdida.

27,22 Pero ahora los invito a que recobren ánimo, porque ninguno de ustedes morirá, solamente se perderá el barco.
27,23 Pues anoche se me apareció un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo
27,24 que me dijo: «Pablo, no tengas miedo, tienes que presentarte ante el César y Dios te concede la vida de todos los que navegan contigo.»
27,25 Ánimo, pues, amigos míos, porque confío en Dios que sucederá tal como me dijo.
27,26 Pero encallaremos en alguna isla.»
27,27 Era ya la decimocuarta noche en la que íbamos arrastrados hacia el mar Adriático, y, hacia medianoche los marineros presintieron la proximidad de tierra.
27,28 Midieron la profundidad del agua y era de treinta y siete metros; poco después la midieron nuevamente y era de veintisiete metros.
27,29 Temerosos de que fuéramos a chocar contra unas rocas, tiraron cuatro anclas desde la popa y esperaron ansiosamente a que amaneciera.
27,30 Entonces los marineros intentaron huir del barco y, con el pretexto de que iban a alargar los cables de las anclas de proa, echaron el bote salvavidas al mar.
27,31 Pero Pablo dijo al capitán y a los soldados: «Si éstos se van del barco, ustedes no podrán salvarse.»
27,32 Entonces los soldados cortaron las amarras del bote y lo dejaron caer.
27,33 Y como aún no amanecía, Pablo les recomendó a todos: «Hace catorce días que permanecen sin comer nada en angustiosa espera.
27,34 Los invito a comer, si quieren vivir, ya que ninguno perderá ni un cabello de su cabeza.»
27,35 Dicho esto, tomó pan, dio a gracias a Dios delante de todos, lo partió y se puso a comer.
27,36 Todos se animaron y también comieron.
27,37 Eran un total de doscientas setenta y seis personas.
27,38 Una vez satisfechos, echaron el trigo al mar para aliviar el barco.
27,39 Cuando amaneció, no reconocieron esa tierra, pero divisaron una bahía con una playa y acordaron, si era posible, encallar el barco en la playa.
27,40 Soltaron las anclas y las abandonaron al mar; aflojaron a la vez las cuerdas de los timoneles, izaron al viento la vela delantera y se dirigieron a la playa.
27,41 Pero chocaron en un banco de arena y el barco quedó encallado. La proa, clavada, quedó inmóvil, mientras la popa se deshacía por los golpes de las olas.
27,42 Entonces los soldados pensaron en dar muerte a los presos, por temor a que alguno de ellos escapara a nado.
27,43 Pero el capitán, que quería salvar a Pablo, no se lo permitió; ordenó que los que sabían nadar se tiraran primero al agua y llegaran a la orilla; 44 los demás saldrían sobre unas tablas o sobre otros restos de la nave. Así, todos llegamos sanos y salvos a tierra.

En la isla de Malta

28,1 [+]Cuando estuvimos a salvo, supimos que la isla se llamaba Malta.
28,2 Los nativos nos demostraron una cordialidad poco común. Encendieron una gran fogata y nos atendieron a todos, ya que llovía y hacía frío.
28,3 Pablo, pues, había reunido ramas secas y, al echarlas al fuego, el calor hizo salir una víbora que se enroscó en su mano.
28,4 Los nativos, al ver la víbora que colgaba de su mano, se dijeron unos a otros. «Seguramente que este hombre es un asesino: apenas se salvó de la furia del mar, la justicia divina no lo deja vivir.»
28,5 Pablo sacudió la víbora echándola al fuego y no sufrió daño alguno.
28,6 Ellos esperaban verlo hincharse o caer muerto; después de largo rato en que lo observaron, vieron que no le pasaba nada; entonces cambiaron de parecer y empezaron a decir que era un dios.
28,7 Cerca de este lugar había una propiedad perteneciente al hombre principal de la isla llamado Publio. Este nos recibió y hospedó amigablemente durante tres días.
28,8 Precisamente su padre estaba en cama con fiebre y disentería. Pablo lo fue a ver, oró y le impuso las manos, y lo sanó.
28,9 A consecuencia de esto; los demás enfermos que había en la isla acudieron a él y fueron sanados.
28,10 Por eso nos colmaron de atenciones y, a nuestra partida, nos proveyeron de todo lo necesario.

Pablo llega a Roma

28,11 [+]Pasados tres meses, subimos a un barco que había pasado el invierno en la isla. Pertenecía a una compañía alejandrina y llevaba por insignia la figura de los Dióscuros.
28,12 Navegamos hacia Siracusa, donde permanecimos tres días,
28,13 y después, bordeando la costa, llegamos a Regio. Al día siguiente comenzó a soplar viento sur y, al cabo de dos días llegamos a Puteoles,
28,14 donde hallamos algunos hermanos que nos invitaron a quedarnos con ellos una semana. Y así fue como llegamos a Roma.
28,15 Los hermanos, informados de nuestra llegada, salieron a nuestro encuentro hasta el foro Apio y Tres Tabernas. Pablo, al verlos, dio gracias a Dios y se animó.
28,16 Cuando estuvimos en Roma, el capitán entregó los presos al gobernador militar, pero dio permiso a Pablo para alojarse en una casa particular, junto con el soldado que lo vigilaba.

Pablo, con los judíos de Roma

28,17 [+]Tres días después, Pablo invitó a los principales judíos. Cuando estuvieron, les dijo: «Hermanos, yo, sin haber hecho nada contra nuestro pueblo ni en contra de las tradiciones de nuestros padres, fui tomado preso en Jerusalén y entregado en manos de los romanos.
28,18 Ellos, después que me interrogaron, querían dejarme en libertad, porque veían que no había, en mi caso, nada que mereciera la muerte.
28,19 Pero, como los judíos se oponían, me vi obligado a apelar al César, sin la menor intención de acusar a los de mi pueblo.
28,20 Por este motivo los llamé para verlos y conversar con ustedes, porque, en realidad, por la esperanza de Israel llevo estas cadenas.»
28,21 Ellos respondieron: «Nosotros no hemos recibido de Judea ninguna carta con respecto a ti, y ninguno de los hermanos que han venido de allá nos ha transmitido algún recado o , hablado en tu contra.
28,22 Pero nos gustaría escuchar de tu boca lo que piensas, aunque ya sabemos que tu secta encuentra oposición en todas partes.»
28,23 Fijaron con él un día y vinieron en gran número a donde se hospedaba. Entonces Pablo expuso todo lo qué quería decirles acerca del Reino de Dios, y trataba de convencerles para que creyeran en Jesús, partiendo de la Ley de Moisés y de los Profetas. Esto duró desde la mañana a la noche.
28,24 Unos se convencían por sus palabras, otros no.
28,25 Finalmente, los judíos se retiraron, teniendo fuertes discusiones entre ellos; entonces Pablo los despidió con esta única palabra: «Es muy acertado lo que dijo el Espíritu Santo a nuestros padres por boca del profeta Isaías:
28,26 *Dirígete a este pueblo y dile: Por más que escuchen, no entenderán; y por más que miren, no verán.*
28,27 *El corazón de éste pueblo se ha endurecido; se taparon los oídos y cerraron sus ojos. No sea que vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, que su espíritu comprenda y que se conviertan. Y yo los sanaría.*
28,28 Por eso sepan ustedes que se va a proclamar a los paganos esta salvación de Dios: ellos, sí que escucharán.»
28,30 Pablo permaneció dos años enteros en una casa que había arrendado y donde recibía a todos aquellos que lo venían a ver, sin que le pusieran trabas.
28,31 Proclamaba el Reino de Dios con mucha seguridad, y enseñaba lo referente a Jesús.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar